

*Destellos
en la oscuridad*



Deborah Luzige

Destellos en la oscuridad

Deborah Luzige

Sinopsis

Jazmín lleva el peso del mundo sobre sus hombros. No puede rendirse. Debe cuidar a su hermana mayor y no piensa en otra cosa que salir adelante. Hace poco tiempo atrás, tenían la vida resuelta, una vida muy cómoda pero con tantas reglas sociales que, en el fondo, no le extraña que Sabrina hubiese elegido una forma de liberación. Pero algo salió mal y todo se vino abajo a una velocidad de vértigo. Entonces surgió una oportunidad de reflotar con algo de dignidad. No era una oportunidad perfecta pero era bien intencionada y les permitía sobrevivir. Podrían finalmente empezar a estabilizarse. Hasta que una escena desbordó la mente exhausta de Jaz. Ahora el peso aumenta, la responsabilidad la aplasta y no sabe qué solución encontrar. Lo único certero es que nunca perteneció a ese lugar. No puede volver. Es hora de buscar otro camino. Pero, ¿cuál?

—Renuncio.

Extiendo la carta sobre su escritorio con toda la determinación de la que soy capaz. El la mira brevemente y vuelve a observarme. Por unos instantes, lo único que se escucha es su respiración. Sí, solo la suya. Yo me la estoy aguantando.

—¿Estás segura? —pregunta, y la vibración de su voz rebota en toda la oficina.

Dejo escapar el aire de mis pulmones y parece que me desinflara. Mis pensamientos me pesan tanto que me obligan a bajar la cabeza y hundir mis hombros. Me gustaría pensar que no estoy echando por tierra el salvavidas que me arrojó pero no hay otra salida.

—Sí —susurro por lo bajo, a sabiendas de lo patética que estoy siendo.

—Esa no es manera de hacerlo. Si tomaste una decisión, no me queda más que respetarla. Pero debes hacerte cargo de ella y dímelo con aplomo.

Tomo aire forzando una postura de seguridad y me encuentro con su mirada severa.

—Sí, estoy segura.

—Ok.

Toma mi carta y, sin leerla, la guarda en un cajón de su escritorio.

—Voy a necesitar unos días para encontrar un reemplazo. No va a ser fácil. ¿Podrás quedarte hasta ese momento o es imperativo que te vayas ahora?

No sé si es reproche o una extraña manera de pedirme que me quede pero, con todo lo que ha hecho por mí, no puedo negarme.

—Claro.

—Bien. Te veo mañana en la noche, entonces.

Asiento y me doy la vuelta para retirarme.

—Jaz.

Me detengo

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —respondo dudosa y salgo de la oficina.

Voy caminando por el pasillo rumbo a la salida, deseando no haberme equivocado en la decisión que acabo de tomar.

—Hola.

Mi corazón se me sale del pecho al escuchar esa voz demasiado cerca. Paro en seco, muy segura de a quién pertenece.

Nico...

Está a unos pocos pasos frente a mí. No entiendo cómo logra moverse sin producir el más mínimo sonido. Debe tener que ver con su entrenamiento militar. Claro que nunca me atreví a preguntar cuál era su labor dentro de las fuerzas pero me lo imagino en la vigilancia. ¿Francotirador?

—¿Cómo estás?

Sé lo que quiere saber pero no puedo evitar dar una respuesta de lo más hueca.

—Bien.

Su gesto de desaprobación es mínimo pero lo noto igual. Su mirada carece del fuego habitual. Una pesadez la nubla, como si tuviera alguna clase de responsabilidad sobre lo que acabo de hacer. Quisiera decirle que no es su culpa. Que lo que él hizo no tendría que haberme afectado tanto. Que yo jamás tendría que haber aceptado este trabajo. Ya no

importan las aclaraciones ni los pedidos de disculpas. En pocos días me iré y olvidaré todo esto.

—Adiós —le digo y sigo mi camino. Es como si estuviera comenzando la despedida de aquel lugar que me dio la posibilidad de salir adelante. Y de aquellas personas que me recibieron con los brazos abiertos.

Hoy es noche de inventario en el club, por lo que permanece cerrado al público. Al menos puedo gozar de esa tranquilidad. No creo que pudiese lidiar con tantas personas hoy, mucho menos con un show. No después de cómo perdí el control la última vez.

Abro las puertas del gran salón, concentrada en la tarea a realizar. De inmediato noto algo inesperado y a la vez muy familiar. El aroma a cuero y aceite de coco me llega con intensidad. Lo busco y rápidamente lo diviso en el rincón opuesto de donde me encuentro, bajo una luz puntual. Está tan compenetrado en su tarea que ni siquiera ha notado mi presencia. Por un momento dudo si dirigirme tras la barra para comenzar mi trabajo o deslizarme sin hacer ruido hacia la salida para no interrumpir su ritual. Decido congelarme, algo hipnotizada por lo que estoy viendo. Parece que sucediera en cámara lenta.

Toma con delicadeza un látigo y lo examina en detalle, también con la punta de sus dedos. Cuando termina de observarlo, toma un paño y lo rocía con un líquido. Con la misma ceremonia pasa el paño en cada hueco, ida y vuelta. Después usa un segundo paño para humedecerlo apenas en el aceite y otra vez vuelve a recorrer ese elemento de castigo con una minuciosidad obsesiva. Lo frota como si quisiera sacarle brillo a una pieza de joyería. Tal vez eso sea para él. El calor de sus dedos contra el noble material hace que el aroma viaje hasta mí y me sorprende al darme cuenta que imito su gesto al inhalar profundamente para captar cada nota de esa exquisita y dulce fragancia. Cierro los ojos por un instante, un poco perdida en las sensaciones, cuando algo me trae de golpe a la realidad.

—¿Te importaría traerme dos botellas de agua?

Su voz grave me sobresalta y mi corazón se dispara. Abro los ojos con algo de pánico. ¿Acaso siempre supo que estuve aquí, observándolo?

No voltea a verme. Solo carraspea mientras deja el látigo para sostener una fusta y empezar otra vez con el ritual. Finalmente reacciono y voy detrás de la barra. Abro la heladera y saco dos botellas pequeñas de agua fría. Se las llevo junto con dos posavasos para no arruinar el perfecto lustre de la mesa de madera. Costumbres de *bartender*.

Justo cuando comienzo a retirarme, Nico se pone de pie, deja la fusta sobre la mesa junto a los otros instrumentos y se retira. Lo he visto usar la mayoría de ellos y las imágenes no dejan de causarme escalofríos.

Por alguna razón me quedo parada allí, sin poder moverme. No me detengo demasiado a pensar por qué se habrá ido. Seguramente olvidó algo y regresará en cualquier momento. Pero en ese instante, lo que ocupa toda mi atención es el despliegue de elementos de tortura que yace frente a mí. Con una iluminación teatral, parece intencionada a resaltar cada rasgo y textura, cada hebra trenzada y grabado intrincado. No se puede negar su belleza. Y también resulta innegable que, en un lugar como este y en las manos de Nico, su fin es muy distinto para el que fue pensado.

Aún no logro entender cómo alaridos de dolor pueden convertirse en aullidos de placer. Aún no comprendo cómo pueden pedir, rogar por más, cómo todo puede terminar en el

éxtasis extremo. Para mí ese tipo de dolor solo puede significar sufrimiento. Por eso debo irme. El colapso que tuve hace tres días atrás, no se puede volver a repetir. Este lugar es necesario para quienes asisten. Aunque no las entienda, comprendo que es importante para ellas y que lo que yo hice, desmayarme en medio de una escena, fue algo grave. “Jamás interrumpir una escena.” Teseo me lo explicó desde el día uno. Y a pesar de que no fue a propósito, causé una gran conmoción. O eso me contaron cuando desperté en el hospital. Soy como una mosca en la sopa en este lugar. Sin embargo, justo en este momento no puedo dejar de mirar...

—¿Cuál prefieres?

La manía de Nico de caminar en completo sigilo me sobresalta al punto de dejarme con el corazón palpitando.

—¿Qué? —balbuceo sin entender. ¿Acaso me está preguntando lo que creo?

—Yo no... —vuelvo a hablar sin decir nada en realidad.

—Puedes tomar una. Adelante.

—No, está bien. Tengo cosas que hacer.

—Eso puede esperar. No te quedes con las ganas. Aprovecha que te lo permito.

Lo dudo por un momento sin sopesar demasiado lo que me está diciendo.

No vuelve a insistir pero siento su intensa mirada sobre mí. Recorro la mesa observándolo todo. Mi atención vuelve a la fusta. Mi mano se despliega lentamente sobre ella y justo cuando la voy a sujetar, me desvío al látigo que está a su lado. Imágenes de lo que pasó me invaden en una sucesión frenética. Recuerdos del pasado se entremezclan y siento un sudor frío recorriéndome la espalda. El chicote del látigo en el aire, amenazante, ella atada con la piel al descubierto, jadeante, ansiosa, esperando lo que ha pedido. Pero por más que lo intente, no puedo evitar el recuerdo que me traen los golpes sobre el cuerpo de una mujer y las marcas que vi en ella.

Exhalo el aire que estaba conteniendo y retiro mi mano. Retraigo todo mi cuerpo y retrocedo hasta chocar con una pared.

¿La pared me sujeta?

—Sh... Tranquila.

Nico...

—Respira —me ordena y frota suavemente mis brazos para infundirme calor.

“Estoy a salvo aquí. Nada malo me va a pasar.”

Repito las palabras de Teseo en mi cabeza y la combinación de ambas cosas tiene un efecto calmante inmediato. Siento mi cuerpo relajarse y otra vez retomo el control.

—¿Mejor? —pregunta colocándose a mi lado.

—Sí —respondo mientras siento un repentino calor en mi rostro.

—Bien. ¿Cuál ibas a elegir?

Vuelve al tema como si nada hubiese pasado.

—La fusta —se escapan las palabras de mi boca—. Pero no es necesario que sigamos con esto.

—Al contrario. Creo que es sumamente necesario que sigamos con esto —asegura. Acto seguido, la coloca en mis manos.

Las cierro automáticamente, como si necesitara sostenerme de ella, lo que suena muy ridículo.

—No puede hacerte nada por sí misma —me susurra Nico—. No hay necesidad de que la estrangules.

Observo mis dedos blanquecinos y me obligo a aflojarlos.

—Es hermosa, ¿no crees?

Tengo que calmarme. Como ya dijo, no puede hacerme nada. Aflojo mi cuerpo y mis hombros bajan, relajando la tensión de mi espalda. Abro mis manos y sostengo la fusta con delicadeza, apreciando cada detalle de su elaborada confección.

—Sí, lo es —admito en voz alta, algo hipnotizada.

—El cuero es un material extremadamente noble.

Se coloca detrás de mí.

—Es suave.

Toma el mango.

—Capaz de acariciarte la piel de la forma más sutil.

La retira muy lentamente, rozando mis palmas, lo que provoca un inquietante cosquilleo.

—O puede provocarte un chasquido que te electrifica todo el cuerpo.

La hace desaparecer rápidamente y golpea duro y seco contra su propia palma.

Doy un pequeño salto por el susto y termino otra vez contra su cuerpo. Esta vez me sujeta de la cintura. Sé lo que está haciendo. Lo he visto muchas veces. Enroscarse como una cobra, hipnotizando a su próxima víctima hasta que le ruega por más dolor, ¿o más placer? No lo sé. Así que no se me ocurre otra cosa que echárselo en cara.

—Sé lo que estás haciendo.

Se retira detrás de mí y me mira con prepotencia, recostado en la mesa donde yace toda su parafernalia.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Qué sería eso que estoy haciendo?

—Lo que haces con las mujeres que vienen aquí.

¿Por qué estoy teniendo esta conversación? Debería estar haciendo el inventario.

—Hace tiempo que trabajas aquí. Puedes expresarte un poco mejor que eso. Sabes bien que no son todas las mujeres que vienen aquí las que están a mi cargo.

—Sumisas —digo en un susurro. Otra cosa más que no logro comprender de esas mujeres. ¿Por qué desearían someterse así?— Pero ese no es el punto de lo que estaba diciendo.

—¿Cuál es el punto entonces?

No responde. Solo se queda observándome y ladea la cabeza hacia un lado. Me hace sentir muy incómoda.

—Tengo que ir a trabajar —rompo el denso silencio. Me doy la vuelta para dirigirme a la barra pero...

—Espera.

Me detengo de inmediato y él viene hacia mí. Su gesto ha cambiado. Ni rastro de la prepotencia de antes. En cambio parece, ¿arrepentido?

—Dame una oportunidad.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de lo que pasó hace tres días.

—No sé qué tiene que ver con que te tenga que dar una oportunidad.

—Todo. Te desmayaste en una de mis sesiones. Por una de mis sesiones —aclara—. Fue demasiado para ti y me siento responsable por haberte provocado ese malestar.

No puedo salir de mi asombro por lo que me está diciendo. Me apresuro a liberarlo de su culpa.

—No tuviste nada que ver. Estabas haciendo lo que se esperaba de ti. Yo jamás tendría que haber aceptado este trabajo. Ya no importa —me fuerzo a recomponerme—. Apenas pueda, me iré de aquí y dejaré de ser un problema para todos ustedes.

Noto su mandíbula tensarse. Respira profundamente antes de hablar.

—Antes de que salgas despavorida de aquí para nunca más volver, te pido que me des la oportunidad de demostrarte que lo que hago va mucho más allá que lo que se ve a simple vista.

—No logro entenderlo —digo casi pidiendo disculpas.

—Podría explicártelo de mil maneras, pero creo que lo mejor es que lo experimentes por ti misma.

—¿Qué? Yo no sería capaz de soportarlo —me escandalizo.

—Llegar al nivel de confianza y entrega que viste el viernes, lleva mucho tiempo y trabajo. Te propongo una experiencia mucho más leve. Apenas una pequeña prueba. ¿Qué dices? ¿Me dejas mostrarte cuán liberador puede ser?

Golpes y libertad no es algo que pueda conjugar en una misma idea.

—Tengo que pensarlo.

—No lo pienses. Dime sí o no y ya.

—No puedo decidirlo así, sin más.

—Escúchame. Si lo piensas, lo único que vas a hacer es hundirte más y más en tus pensamientos. Te terminarás convenciendo de que no debes hacerlo y te preguntarás qué hubiese pasado si hubieses dicho que sí.

—¿Y tú cómo sabes que eso va a pasar así, tal cual?

—Porque todos hemos pasado por ese punto antes de dar el salto.

—¿Cómo sabes que no daré ese “salto”? —pregunto exagerando la última palabra.

—Porque no me tendrás a mí ni a nadie para que te muestre otra perspectiva. Si te vas en este momento, terminarás con un universo de posibilidades.

—No sé en qué momento se te ocurrió que podía acceder a cualquier tipo de sometimiento, a sufrir voluntariamente.

—¿Quieres saberlo o solo estás defendiéndote de un ataque que no existe?

Abro la boca indignada y vuelvo a cerrarla. No va a conseguir que pierda el control.

—Quiero saberlo.

—Parte importante de lo que hacemos es leer gestos, miradas, el famoso lenguaje no verbal. Y nos volvemos muy buenos en eso. Te he observado desde que llegaste aquí y noté que en las últimas semanas prestas mucha atención a mis sesiones en particular. De hecho, ignoras por completo a los demás, cosa que alimenta mucho mi ego.

Hago un gesto de desaprobación y él se ríe.

—Antes de tu desmayo, ya estaba dándole vueltas a la idea de proponerte un juego.

Sé que mi cara está por completo colorada pero me mantengo firme.

—En segundo lugar, te dejo dos segundos sola con mis juguetes y parece como si te los quisieras llevar contigo.

—Eso es algo exagerado. Solo los estaba mirando.

—Ser curiosos es la punta del iceberg en este mundo. Y tercero, y no menos importante, sigues aquí escuchándome.

Ya es suficiente. No sé qué señales se imagina que está captando de mí pero...

—Jaz —pronuncia mi nombre como si lo degustara—. No lo pienses más.

Toma mi mano y fija su mirada en la mía.

—Date esta oportunidad y ayúdame a redimirme.

Una culpa terrible me asalta.

—¿Qué clase de persona sería si aceptara? Mi hermana sufrió mucho a manos de un hombre violento. Aún lo hace. ¿Qué clase de persona sería si encontrara placer en el dolor? ¿No estaría acaso traicionándola?

Un temblor me recorre y me esfuerzo por no llorar.

Él no suelta mi mano. Otra vez inspira hondo antes de hablar.

—Serías una persona que busca su propio camino, libre de historias que no son tuyas. Libre de culpa. ¿No crees que la traicionarías anclándote a su dolor?

Tardo en contestar, procesando sus palabras.

No quiero vivir sumida en la tristeza. Quiero vivir por mí. Sin embrago...

—Tengo preguntas —declaro.

—Responderé todo lo que necesites saber. Pero antes, necesito que me digas si aceptas mi propuesta.

—¿Y qué me propones específicamente?

—Dame una hora y te demostraré lo que puedo hacer por ti. Si después de ese tiempo no quieres experimentar más, no te lo volveré a pedir.

Una hora... Parece poco tiempo y eso juega a mi favor.

—Una aclaración... —me advierte—. La hora empieza después de las explicaciones.

—Ok —dejo escapar, no del todo convencida. De pronto, una idea cae en mi cabeza.

—Planeaste todo esto con Teseo, ¿no?

—Sí. Aunque debo decir que me dio mucha libertad creativa. ¿Qué te hizo sospechar?

—Aceptó mi renuncia demasiado rápido.

—Va a ser un delicioso reto jugar contigo.

La mirada que me está dando, llena de lascivia y con un toque pícaro, debería preocuparme. Debería...

—Entonces, vas a hacer uso de esa inteligencia y decirme que sí, ¿no?

La curiosidad le está ganando terreno al miedo. Aún así, necesito saber.

—¿Va a doler?

—No, no, no. Sin respuestas hasta que me des la mía.

Suspiro exageradamente.

—Ok.

—Sí, señor —apunta.

—No abuses —le advierto.

—Bien —dice levantando las manos, en un falso gesto de rendición—. Lo voy a dejar pasar esta vez. Sentémonos.

Arrima dos sillas desde una mesa y las coloca una frente a la otra, bastante cerca entre sí. Deja que me siente primero y él lo hace como si estuviera montando un caballo, quedando mis piernas entre las suyas abiertas. Junto con las sillas, trajo las dos botellas de agua que me hizo alcanzarle y las deja a su lado, en el piso.

—Al principio no va a doler.

—¿Y después?

—El dolor se transformará en otra cosa.

—¿En qué?

—Es diferente para cada persona.

—Tus respuestas son muy crípticas.

—¿Quieres que te diga todo lo que va a pasar? ¿Cómo vas a pensar, sentir, procesarlo todo? Aunque tuvieras toda la información del mundo, no podrías tener la respuesta sin haberlo experimentado.

—Es decir que no tengo escapatoria.

—Estás equivocada. Siempre puedes parar. Rojo es tu palabra clave para que me detenga de inmediato. Amarillo para poner pausa y procesar, juntos, lo que estás pensando o sintiendo.

—¿Todas tus...?

—Sumisas —completa ante mi pausa.

—¿Todas tus sumisas tienen esta posibilidad?

—Más que una posibilidad, es un poder. Y sí.

—Jamás las escuché usarlas. De hecho, jamás las escuché decir nada coherente en tus sesiones.

—Es porque no lo necesitaron.

—Creí que era porque no podían.

—Dejar a mis sumisas sin capacidad de habla es uno de mis muchos talentos. Pero siempre me aseguro de que tengan la lucidez para pronunciarlas en caso de ser necesario. Y si te preguntas qué pasa cuando tengo su boca ocupada, hay gestos de seguridad que cumplen la misma función. Pero no te vayas por las ramas. No pienso atarte ni amordazarte, hoy.

No quiero ni saber a qué se refiere con esa pequeña y significativa palabra. Ni hoy ni nunca voy a dejar que me amordacen.

—Entonces, si yo puedo detener la sesión cuando quiera, ¿cuál es el sentido? ¿Dónde está el sometimiento?

—La gracia está en que me cedas momentáneamente el control. Porque confías en que te puedo llevar a lugares dentro de tu mente, en las sensaciones de tu piel, a los que no te atreverías por ti misma. O más que atreverte, a los que no te permites ir.

—Deja de pensar y empieza a sentir, Jaz.

Cuando dice eso, me toma de la mano y con la otra acaricia lentamente mi antebrazo. Continúa con un firme y lento masaje en la palma de mi mano.

Me derrito.

De pronto siento un peso enorme en todo mi cuerpo, como si me hubiese agotado de tanto pensar.

Cierro los ojos y me recuesto en la silla, relajando mi cuello mientras sigue con su narcótico masaje.

—Eso es. Déjate llevar —me susurra.

Pasa a mi otra mano y repite el proceso. Se siente muy bien. No quiero que pare jamás.

Deja mi mano sobre mi regazo y se coloca detrás de mí. Comienzo a enderezarme en la silla mientras abro los ojos.

—Relájate —me dice con voz áspera y empuja mis hombros hacia abajo a la vez que presiona sus pulgares en los músculos de mi espalda. Me abandono otra vez.

No fui consciente de lo tensa que estaba hasta este momento. Ahora usa sus manos completas para ablandar mi cuello y hombros. Se me escapa un ronroneo y me siento enrojecer.

—¿Te gusta?

—Sí —contesto arrastrando la voz.

Intensifica su masaje y sí, siento dolor pero la sensación energizante es tan placentera que el dolor pasa a segundo plano. Continúa por unos segundos más y luego se detiene sin previo aviso. Un escalofrío me recorre de golpe, como si la sangre hubiese abandonado mi piel.

—Abre tus ojos —me indica.

Lo hago con resistencia. Está sentado frente a mí otra vez. Toma mis manos y extiende las palmas hacia arriba sobre mi regazo. Me entrega la fusta que tenía antes. Solo la sostengo, estática. La miro y luego lo miro a él, sin saber qué se supone que debo hacer.

—Siéntela —responde a mi duda no dicha.

La miro, la observo. La sostengo con una mano mientras la recorro con la punta de los dedos. Percibo la suavidad del cuero, los relieves que forman el entretejido. La doblo un poco para probar su flexibilidad. Parecería inofensiva si no supiera lo que Nico puede hacer con ella.

—¿Cómo se siente?

—Suave y firme a la vez.

—Llena de contradicciones. Igual que lo que puede provocar.

Extiende su mano hacia mí y se la entrego sin dudarlo.

—¿Me dejas?

Trago con dificultad. De pronto siento la garganta demasiado seca.

Alcanza una de las botellas, la destapa y me la entrega.

Bebo y agradezco la frescura bajando por mi garganta. Me la pide una vez que termino y la vuelve a colocar en su lugar.

Me observa, esperando que responda.

—Sí —susurro, sintiéndome algo perdida.

Él sonríe lentamente.

—A partir de ahora no debes de hablar a menos que yo te pregunte algo en específico. Solo podrás decir libremente tus palabras clave. Dime cuáles son.

—Rojo y amarillo.

—Bien. No dudes en usarlas si lo crees necesario. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Y lo más importante: estás a salvo aquí. Nunca, nadie, te va a lastimar. Solo exploraremos nuevos límites y experimentaremos nuevas sensaciones. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Ahora cierra tus ojos y respira.

Así lo hago. Me indica que sea lento y profundo. Obedezco.

—Imagina el oxígeno alcanzando cada rincón de tu cuerpo.

Esto no es lo que me imaginaba. Nunca creí que una sesión sadomasoquista comenzaría de una forma tan pacífica y relajante.

—Profundo —vuelve a marcarme. Coloca su mano abierta en mi pecho y el calor se expande de inmediato por todas partes. Expando mis pulmones como si necesitara un esfuerzo extra para mover su mano, aunque no ejerce ninguna presión sobre mí. Solo está ahí, marcando su presencia.

Tras un tiempo que me es imposible calcular, retira su mano y lo escucho moverse en su silla pero no puedo abrir los ojos o mover un músculo de mi cuerpo.

—Necesito desabrochar tres botones de tu blusa —dice nada más regresar—. ¿Puedo?

Calculo mentalmente hasta dónde llegaría el escote expuesto y apenas dejaría visible el borde de mi sostén por lo que accedo. Ya ha visto mucho más en una noche normal de trabajo.

Enseguida noto la tela rozándome mientras la manipula y una sutil brisa fresca en mi piel a la que ahora tiene libre acceso. Esperando sentir su tacto, me sorprendo cuando me roza un pelaje abundante y extremadamente suave. Recorre mi cuello y se desliza por mi escote muy despacio, dejando a su paso un delicioso cosquilleo. Me está costando mucho trabajo mantenerme erguida. Él lo nota. Aprisiona mis piernas entre las suyas y, con sus manos en mis caderas, ajusta mi postura a la silla.

—No te desarmes o voy a tener que atarte —me advierte con un susurro mortal.

Mi cuerpo se contrae con un repentino espasmo ante la advertencia y percibo un calor intenso desde lo más profundo de mi sexo.

Desliza sus manos desde mis caderas por el lateral de mis piernas. Ahora siento el pelaje en mi brazo izquierdo, despertando los sensores de mi piel desde el hombro hasta la punta de mis dedos. Lucho por no perder la postura y derretirme por completo en esta silla. Posiciona mis manos sobre mi regazo, con las palmas hacia arriba y comienza a recorrer con la suavidad del pelaje, mi brazo derecho, ascendiendo hacia el hombro. Lo pasa por la nuca y una corriente eléctrica me sube hasta la cabeza. Vuelve a bajar por el escote y expando mi pecho para sentir más de esta deliciosa tortura. Lo escucho exhalar al momento que deja de tocarme.

—No abras los ojos —me advierte.

No estaba planeando hacerlo, pero ahora siento curiosidad por ver qué está haciendo.

Escucho un “click” que no puedo identificar. Enseguida toma mi mano y acaricia el centro de la palma con el dedo pulgar. Un estallido de diminutas cosquillas me ataca desde ese punto de tal manera que me obliga a retorcerme incómoda.

—Quietita.

Aunque no sé qué pasaría si lo desobedezco, tengo el impulso de no decepcionarlo.

Deja de acariciarme y sostiene mi mano con firmeza. Percibo algo frío, rígido y... ¿filoso?

Instintivamente trato de protegerme del inminente peligro. Abro los ojos asustada e intento retirar la mano pero él me lo impide.

—Ama... amarillo —logro decir jadeando, con la garganta seca y el pánico en la mirada.

—Ok. Respira.

Me sostiene la mirada como si me hablara a través de ella. Su pulgar ha vuelto a acariciarme mientras meto aire a mis pulmones de forma entrecortada y forzada.

—Tranquila. Respira despacio y profundo.

Sin soltar mi mano, toma la botella de agua, la destapa y me la entrega. Bebo con tanta ansiedad que unos hilos se escapan por las comisuras de mi boca.

—Despacio.

Bebo un par de tragos más y, sin darme cuenta, le entrego la botella.

—¿Qué pasó?

—No lo sé —respondo con voz áspera—. Me asusté.

Bajo la mirada, avergonzada por la irracional reacción. Sé que no me va a lastimar. Aún así... Me sorprende al tomarme de la barbilla. Seca los rastros del agua al tiempo que busca mi mirada.

—¿Creíste que te iba a cortar?

—¡No! No lo sé. Tal vez —termino diciendo con voz apagada—. Sé que no vas a hacerme daño pero tuve miedo y reaccioné por instinto.

—¿Me tienes miedo? —pregunta con pesar, aunque intenta disimularlo.

—No —respondo de inmediato—. Creo que le tengo miedo a cualquier acto de violencia o elemento con el que se la pueda ejercer.

Sopesa mis palabras en silencio por unos instantes.

—Entiendo —dice finalmente—. Realmente preferiría que mantuvieras tus ojos cerrados y te pudieras concentrar únicamente en lo que sientes. Pero es mucho más importante que transites por esta experiencia. Te propongo mostrarte cada elemento que vaya a usar y, si lo deseas, mantener tus ojos abiertos mientras lo uso. Así tu mente no llegará a conclusiones apresuradas y nefastas. ¿Te parece bien?

Asiento sin terminar de pensarlo del todo. Antes de entrar en pánico, estaba sintiendo cosas mucho más allá de lo que imaginé posible. Y se sentía muy bien. Quiero explorar más de donde vino eso.

—Necesito escucharte.

—Sí, me parece bien.

Esboza una leve sonrisa antes de hablar.

—Bien. Continuemos. Mira.

Me muestra una navaja con su hoja expuesta. A continuación extiende su mano y desliza primero un lado de la hoja y después el otro. Por un segundo me aterro. Luego me doy cuenta que no ha sufrido daño alguno.

—No tiene filo —aclaro lo obvio.

Me siento un poco tonta por siquiera haber contemplado la posibilidad de que pudiera cortarme, pero no me da tiempo a divagar más en mis pensamientos. Se lame el labio inferior y retira su mirada de la mía para centrarla más abajo. Levanta la navaja y apoya la fría hoja sobre la clavícula. Engancha el bretel del sostén y la desliza hacia mi pecho, por el borde de la fina tira. Siento que me roba el aliento. Me quedo anclada en su expresión perdida y concentrada. Es como si un halo de misterio nos envolviera a los dos. El aire se torna pesado. Respiro lentamente mientras mi piel se eriza al paso del metal. Fija su mirada en la mía y me siento capturada *in fraganti*. Mi rostro se incendia pero no me importa.

Se lleva la navaja a la boca y la coloca entre sus dientes, aún sosteniéndome la mirada. Acaricia mis brazos desde los hombros hasta la punta de mis dedos, posicionando mis manos sobre mis rodillas, con las palmas hacia arriba. Apenas puedo hilvanar algún pensamiento coherente. Solo sé que me muero por saber cuál va a ser su siguiente paso y que mi piel se siente muy sensible.

Se quita la navaja de la boca. Me observa en silencio. Mi corazón palpita igual que mi sexo.

—¿Confías en mí? —pregunta con voz áspera, casi en un susurro.

—Sí —suspiro apenas audible.

—Gracias.

Relaja sus hombros y recobra una postura más erguida.

—Voy a dibujar tu piel, con esto.

Me muestra la navaja y señala la punta. Miro con detenimiento. Se ve redondeada, pero...

—Apenas quedará una marca, por unos instantes. Pero la sensación permanecerá por más tiempo.

Sin mediar más palabras, empieza a trazar líneas curvas por toda la extensión de mi brazo izquierdo. Cuando pasa por el interior del codo, todo mi cuerpo se contrae involuntariamente. Repite el proceso pero esta vez, al llegar a la zona sensible, se detiene a trazar un espiral. Siento la onda expansiva en mis piernas. Continúa hacia mi mano solo para volver a empezar. Noto que cada vez va más lento y mi ansiedad aumenta por la anticipación del estímulo en ese espacio que hasta hoy no tenía mayor relevancia. El descenso es lento y tortuoso, pero sé que pronto tendré mi recompensa. Me preparo para la descarga eléctrica. Relajo mi cuerpo. Aquí viene y... ¿lo esquivo? ¿Qué? Lo miro indignada y abro la boca para protestar. Noto su cara de satisfacción así que decido no darle el gusto.

—¿Ibas a decir algo?

—No.

—¿Segura? —pregunta mientras comienza a decorar mi brazo derecho—. No es bueno mentir en una situación como esta.

Mi mente lucha entre decirle la verdad y el deseo sediento de que se detenga donde debe.

—Creo que debería dejar de hacer esto, ya que no me contestas.

Retira la hoja y siento un escalofrío al instante.

—No —inhalo con una súplica, imposible de esconder.

—¿Quieres que siga?

—Sí, por favor.

—Entonces respóndeme. ¿Qué ibas a decir?

—Yo...

¿Cuándo se puso tan caluroso aquí?

Amenaza con guardar la navaja.

—Yo quería que me tocaras en la parte interna del codo y no lo hiciste cuando creí que lo ibas a hacer y me frustré porque me sentí estafada.

Casi me quedo sin aire. Respiro agitada y otra vez estoy sedienta y acalorada. No puedo creer que haya perdido la compostura tan rápido. ¿Qué me pasa?

—Gracias por compartirlo, Jaz. ¿Continúo?

—Sí, por favor.

Como recompensa a mi pedido, lo hace todo más lento y no deja espacio sin tocar. Ahora no son solo las piernas sino todo mi cuerpo que vibra con el paso del delgado metal.

Ya es bastante obvio que no me va a lastimar así que decido abandonarme un poco más a estas sensaciones. Cierro mis ojos y recuesto la cabeza en el respaldo de la silla. De inmediato soy consciente de los destellos de placer que recorren mi cuerpo. Incluso puedo verlos. Pequeños fragmentos de luz ante mis ojos. ¿Estaré a punto de desmayarme? Siento mi cuerpo tan extraño, tan leve... Luego algo cambia.

Toma mi mano y empieza a pincharla con la punta de la navaja. No me hiere pero aún así logro abrir apenas los ojos para asegurarme. Lo veo observando en detalle el patrón invisible que está trazando. Como si estuviese bajo el efecto de algún narcótico, no puedo evitar cerrar los ojos otra vez y derretirme en la silla.

La presión que ejerce la punta sobre mi piel es algo incómoda, algo dolorosa, pero por alguna razón, muy adictiva. No quiero que pare jamás. Otra vez mi cuerpo reacciona a lo que está pasando en un solo lugar. Cambia de mano y repite el tortuoso picoteo, abarcando hasta mis dedos. La sensación se está tornando demasiado intensa. Ya me siento inquieta en mi propia piel, como si bulliera desde dentro. Una explosión que se expande sin control. Tengo que moverme. ¿Cómo puedo pasar de un estado de total relajación a tener un deseo irrefrenable de patear y golpear cosas?

Tenso todo mi cuerpo y sacudo mis piernas para liberarme de su prisión. Él afloja sus piernas pero no las retira del todo. Mi respiración está agitada. No sé qué me pasa. Todo esto es muy intenso. Ha dejado de pincharme pero me sujeta de ambas muñecas. Tironeo de ellas pero no quiero que me suelte. La tensión, la presión, el forcejeo, se sienten tan bien. ¿Acaso estoy loca?

No quiero abrir mis ojos. No quiero que lo que sea que esté pasando termine.

—¿Recuerdas tus palabras de seguridad?

—Sí...

—¿Las necesitas?

—No...

—¿Lista para el siguiente nivel?

—Sí —balbuceo, sin saber a qué se refiere.

Sujeta ambas muñecas con una mano. Lo escucho respirar profundamente.

—Sabes que puedes detener esto en cualquier momento, ¿no?

—Sí.

—Bien. Lo que sea que necesites hacer, hazlo. No te guardes nada, ¿entendido?

—Sí.

—Ok. Aquí voy.

El primer chicotazo me arranca un grito de sorpresa más que de dolor. Antes de que pueda procesar algo más, un ardor se expande por mis brazos sensibles. Mis manos hormiguean aunque no me aprieta. Escucho el susurro de la fusta cortar el aire antes del segundo impacto. Un gemido se me escapa. De nuevo, no es dolor sino un fuego que me recorre por completo, que me despierta a otras sensaciones, a otros colores.

Quiero más.

Abro mis ojos y lo miro suplicante.

—Voy a soltarte pero quiero que te quedes muy quieta. Puedes reír, llorar, gritar, insultarme, lo que quieras. Pero no te muevas. ¿Entendido?

—Sí, entiendo.

—Deja tus manos abiertas y los brazos extendidos.

Así lo hago.

—Recuerda usar tus palabras si las necesitas.

Y sin decir nada más, comienza una sucesión de rápidos golpes en mis manos, mis muñecas y todo el brazo. Con cada beso que el cuero deja en mi piel, mi cuerpo se estremece y lo único que sale de mi boca son jadeos de perdición.

El abandono que siento es supremo. Mi ropa me aprieta. Subo y bajo mi pecho con tanta intensidad que siento la presión de mi sostén. Me molesta la tela contra mis pezones hinchados. Mi sexo está empapado. No lo entiendo. Pero en este instante, no quiero entender nada. Solo quiero sentir. Solo quiero...

—Más... más fuerte —ruego con una voz irreconocible.

Un último golpe da de lleno en mis palmas y suelto un grito que me quema la garganta. Aprieto mis dientes y gruño. Es como si un torrente descontrolado se escapara por mis manos que arden. Demasiada ira contenida, frustración, tristeza. Y todo se me derrama por los poros. Me quedo sin aire y cuando intento inhalar, algo me estruja el pecho. Una angustia, que venía enterrando desde hacía tiempo, surge con todas sus fuerzas.

Exhalo y junto con el aire, se derrumba el dique. Llora tanto que apenas puedo recuperar el aliento. Me encojo cubriendo mi rostro, intentando controlar los temblores de mi cuerpo.

De pronto, en medio de la desolación, un calor me reconforta de inmediato. Una suave manta me cubre de pies a cabeza.

Antes de que pueda decir algo, Nico me alza en brazos y me lleva a otro lugar. Se sienta y me acomoda en su regazo, envolviéndome con sus brazos. Sé lo que está haciendo. Hasta sé cómo se llama. Pero lo único que me importa ahora, es que puedo gozar de este beneficio. Porque esto casi segura que si no me estuviese sosteniendo ahora, así, me desarmaría por completo.

Acomoda mi cabeza sobre su pecho y, no sé si lo hace a propósito, pero el ritmo de su corazón tiene un efecto calmante inmediato. He dejado de temblar pero no quiero abandonar este nido seguro.

—Bebe —me susurra y acaricia mis labios para que los separe. Me ofrece el líquido con suma delicadeza, cuidando de que no se derrame. La frescura es muy bienvenida en mi garganta irritada.

Aparta la botella y vuelve a acomodarme. Me cubre sin dejar parte expuesta mientras me dice con voz suave lo bien que lo he hecho y lo orgulloso que está de mí.

No puedo decirle que no hice nada, que todo el trabajo lo hizo él. No puedo. Lo único que puedo hacer es abandonarme a esta sensación y desear que el tiempo se detenga aquí y ahora.

Siento el cuerpo pesado y la mente lenta. Intento moverme pero mis músculos están entumecidos. Aún así, logro estirar un poco mis brazos y el roce de la manta que me cubre despierta un leve ardor. De golpe se me vienen todos los recuerdos de por qué me arde la piel, por qué estoy envuelta en una manta y de quién son los brazos que me sostienen. Ay, no.

Me apresuro a despabilarme y estiro mis músculos para intentar recuperar una postura más digna.

—Tranquila. Despacio.

Necesito salir de encima de sus piernas. ¿En qué estaba pensando? No. Lo que menos estaba haciendo era pensar.

—¿Podrías estarte quieta un momento? Hace casi una hora que estás durmiendo. No puedes levantarte así como si nada. Date un tiempo a despertar del todo o te vas a ir al piso.

Algo avergonzada decido hacerle caso. Lo menos que quiero ahora es hacer el ridículo. Y hablando de eso, tengo que ir al baño.

Me deposita en el sofá donde estaba sentado conmigo encima y el movimiento en mi vejiga vuelve el asunto sumamente urgente.

—¿Cómo te sientes? ¿Necesitas algo?

—Necesito ir al baño —respondo sin tapujos.

A pesar de su advertencia, me levanto para satisfacer mi necesidad y, justo como me lo dijo, mi cuerpo aún no reacciona del todo.

El mareo me desorienta todavía más y las piernas me fallan. Manoteo el aire por instinto y Nico aparece allí, a mi rescate. Como ya parece normal en él, me alza en brazos y se dirige hacia el baño de mujeres a pesar de mi protesta.

—No tienes que llevarme. Soy perfectamente capaz de ir sola.

—No, no lo eres. Deja de quejarte.

—¿Y qué vas a hacer después? ¿Entrar conmigo y bajarme los pantalones?

—Si tengo que hacerlo, no tengo ningún problema.

Suspiro hastiada porque esta discusión no tiene ningún sentido.

Me baja despacio frente a la puerta del baño. Por un momento se me nubla el pensamiento y olvido para qué estaba allí.

Me sostiene de la cintura, muy pegada a su cuerpo. Su calor, su olor, me envuelven. Puedo sentir cada detalle de él.

El desgraciado me mira con prepotencia, muy seguro de sí mismo y plenamente consciente de lo que está pasando.

—¿No venías a algo? —pregunta, conteniendo la risa.

—Sí —es lo único que puedo responder.

Afloja su agarre y me aparto de él para meterme inmediatamente en el baño a vaciar mi vejiga y ahogar mi vergüenza.

Me miro al espejo después de haberme lavado la cara para despejarme un poco más. No puedo explicar cómo me siento porque todo es muy contradictorio. Suspiro pesadamente mientras reúno el valor para salir de este baño y enfrentarlo. He visto lo suficiente para saber que lo que ha hecho conmigo es prácticamente nada en relación con lo que es capaz de hacer. Y ni siquiera lo he visto en una habitación privada, donde las cosas pueden ponerse muy intensas.

Un pensamiento se entromete en mi mente, como el avance de una película triple x. Yo desnuda, usando nada más que correas de cuero y él, con pantalones negros del mismo material, sin camiseta y con el látigo como accesorio de tortura. Estoy atada a la cruz y él hace uso de su herramienta de castigo en mis piernas, en mis brazos, en mis p...

Un golpe en la puerta me saca de mi ilusión erótica.

—¿Estás bien ahí adentro?

—Sí... —exhalo en un suspiro. Consciente de que probablemente no me escuchó, aclaro mi garganta y vuelvo a decir que sí.

Necesito calmarme antes de salir de aquí. Vuelvo a mojarme la cara para bajarme el rojo aunque sé qué es lo que en realidad necesito. Pero este no es el momento ni el lugar. Tendré que esperar hasta llegar a casa. Abro la puerta cuando creo que estoy lista para enfrentar al mundo.

—Estaba por entrar a buscarte.

Me mira con expresión de duda.

—¿Segura que estás bien?

Coloca sus manos sobre mis mejillas y eso lo empeora todo. Parezco una adolescente con las hormonas por completo alteradas. Bajo la mirada y doy un paso atrás para disimular mi respiración errante.

—Sí, segura. Es tarde. Tengo que irme.

Me dirijo hacia el perchero donde dejé mis cosas. Me siento un poco tonta pero supongo que con una noche de sueño se me pasará.

Nico me sigue como una sombra.

—No creo que sea una buena idea que te vayas sola a tu casa.

—Escucha —me giro sobre mis talones y lo miro directo a los ojos para parecer convincente—. Estuvo muy interesante todo este experimento pero no necesito que me cuides y me protejas. Estoy bien, sola. Gracias.

—¿Siquiera tienes algo de comida en tu heladera?

Hago un repaso mental. Nada que califique. Y dudo mucho que Sabrina haya hecho algo al respecto.

—Ni me contestes —se apresura a decir—. Creo que serías capaz de mentirme con tal de deshacerte de mí.

No me atrevo a decirle nada. Solo muerdo mi labio. Pero debo ser práctica y no dejarme llevar por mi orgullo. Mi hermana me necesita. No puedo permitirme tener un accidente por estar manejando en estado de embriaguez, aún sin haber tomado una gota de alcohol.

—Ok —suspiro resignada—. Puedes llevarme a mi casa. Pero nada más. No te vas a quedar a cenar ni nada.

Intento poner mi gesto más severo, aunque asumo que no tiene ningún efecto en él.

—Ok —responde totalmente despreocupado. Estira su mano para que le entregue las llaves del auto. Así lo hago y ambos salimos del club en completo silencio.

Luego de quince minutos en los que voy volviendo de a poco a un estado más normal, noto que disminuye la velocidad. Aún falta para llegar a mi casa. ¿Qué está pasando?

Paramos en el autoservicio de un local de comida rápida china. Lo miro con la interrogante dibujada en mi rostro.

—No puedes evitar que te compre comida —me lanza a modo de advertencia.

Aprieto mis labios, marcando exageradamente mi silencio. Aún así, no puedo evitar que mi corazón lata errático por unos segundos.

Seguimos camino y la comida empaquetada caliente mi regazo. El exquisito aroma invade todo el habitáculo del auto y hace que la boca se me haga agua. Ha comprado

suficiente comida como para cuatro o cinco personas y me pregunto si insistirá en invitarse solo a comer. Tras unos minutos, llegamos a mi casa. ¿Con qué escenario me encontraré hoy?

Nico se apresura a bajarse del auto y rodearlo para ayudarme con las bolsas. Me acompaña en silencio hasta la puerta mientras rebusco en mi cartera las llaves. Finalmente las encuentro. Las meto en la cerradura y me doy la vuelta.

—Gracias por traerme y por la comida —digo y extendiendo las manos para que me pase las bolsas.

Lo hace como por obligación.

—Y lo de hace un rato... —dudo.

Se me agolpan un montón de palabras para describir la experiencia. “Alucinante”, es una de ellas. Pero no voy a ser yo quien le infle el ego y sobretodo, que no vaya a creer que lo quiero repetir.

—Estuvo bien —termino por decir.

Alza una ceja, sorprendido.

Se traga su orgullo y no me contesta nada. Me devuelve las llaves del auto y se queda esperando, observándome.

—¿Quieres que te llame un taxi?

—No. Puedo hacerlo solo. Estoy esperando a que entres.

—Ah, no es necesario.

—Dame el gusto y métete de una vez.

Imposible convencerlo de lo contrario, desisto.

Giro la llave pero cuando intento abrir la puerta, no puedo. La empujo con el hombro y apenas se mueve un par de centímetros.

—¿Qué pasa? —pregunta algo ansioso.

Golpeo la puerta de mi propia casa.

—Sabrina, ¿estás ahí? —hablo a través de la diminuta rendija.

—¿Jaz?

Nico llama mi atención pero le hago un gesto para que haga silencio. Agudizo el oído y escucho un leve llanto. Suspiro aliviada. Siento los pasos de Nico detrás de mí.

—Algo está trabando la puerta y no la puedo abrir.

—Permíteme.

Me alejo y él se coloca pegado a la puerta, con la mano en el pestillo. Con un par de golpes con su hombro en los que recarga todo su peso, logra abrir lo suficiente la puerta como para que yo pueda pasar. Me apresuro a entrar antes de que pueda husmear demasiado.

—¿Necesitas ayuda con...?

No completa la pregunta. Solo señala con su cabeza hacia adentro de mi desastrosa casa.

—No. Está bien —le respondo con una sonrisa fingida.

—¿Estás segura?

—Sí —le contesto lo más decidida que puedo aunque ya me siento agotada por lo que me espera.

—Ok. No voy a insistir. Pero quiero dejarte claro, por si te quedaba alguna duda, que puedes contar conmigo, con Teseo y con la gente del club para lo que necesites. Solo tienes que pedirlo.

Solo puedo asentir porque sus palabras dejan un nudo en mi garganta.

—Eres parte de la familia, Jaz.

Eso no me lo esperaba. La angustia repta por mi pecho y debo alejarme antes de quebrarme frente a él.

—Gracias —apenas logro decir antes de cerrarle la puerta en la cara y hacerme un ovillo para largarme a llorar.

Nico

La escucho pero no puedo hacer nada por ahora. Se lo pregunté de forma explícita y me dijo que no necesitaba ayuda. Tengo que respetar su decisión, me guste o no. Teseo ya sabe que estoy aquí y espera cualquier tipo de información que pueda darle así que mejor regreso al club de una vez.

—¿Qué tan malo es?

—Bastante. No pude entrar a su casa pero por lo poco que pude ver, Sabrina la convirtió en un completo desastre. Tuve que abrirle la puerta a la fuerza porque algo la estaba trancando. Todo lo que pude hacer fue comprarle comida y asegurarme de que llegara a salvo.

—Hiciste más que eso.

—Bueno, sí. Le dije que podía contar con nosotros para lo que quisiera, que sólo tenía que pedirlo. Dudo que lo haga. Es demasiado orgullosa. Cree que puede hacerlo todo sola.

—No imagino lo que debe ser alguien así.

La ironía en su tono es demasiado exagerada como para ignorarla. Volteo mis ojos.

—Esta conversación no es sobre mí.

—Tienes razón. Pero creo que eres el más indicado par la tarea.

—Lo intentaré.

—¿Jazmín? ¿Eres tú?

¿Quién más iba a ser?

—Sí, soy yo —digo, alzando la voz.

Veo salir a mi hermana desde detrás de la puerta con cara de culpa. Su hermoso cabello ahora grasiento, cayéndole sobre los hombros y el maquillaje corrido por sus pálidos pómulos. Por ropa lleva un pijama que hace tres días que no se quita y una bata con manchas de vaya uno a saber qué.

—¿Qué pasó? —digo en un suspiro.

—Tardaste —recalca lo obvio.

—Sí, lo sé. Pero, ¿por qué hiciste esto?

Miro fugazmente a nuestro alrededor.

—Tenía miedo de que alguien entrara. Y después me puso más nerviosa porque escuchaba ruidos y tú no llegabas.

—¿Estás diciendo que provocaste este caos porque llegué unos minutos más tarde?

—No, no quise decir eso. Solo que como estaba sola, me puse nerviosa y perdí un poco la noción de las cosas. Perdóname.

Me dirijo a la cocina con dificultad a causa del tiradero de cosas y escucho a Sabrina siguiéndome.

—Lo ordenaré todo. Te lo prometo.

Dejo las bolsas sobre la mesada y me doy la vuelta. Me parte el corazón ver a mi hermana mayor así, pero tengo que decírselo y rogar que reaccione.

—Tengo que trabajar, Sabrina. Y no puedo estar muerta de la preocupación mientras lo hago. Estamos solas en esto. Tienes que superarlo y no complicar más las cosas. Al menos eso. Ya ha pasado casi un año.

La noto temblar de pies a cabeza y toda su actitud cambia, como si la hubiese poseído otra persona. Pero sé muy bien que es ella, ella y la otra cara de este maldito estado depresivo en el que está inmersa.

—¿Crees que me gusta estar así? ¿Crees que elijo esto?

Se señala a sí misma con desprecio.

—¿Crees que me gusta estar aislada de todos?

—Cálmate, por favor. Tal vez es hora de que busquemos ayuda.

—No podemos y ya sabes por qué.

La ira crece en mí y hago un esfuerzo enorme por contenerla. Le doy la espalda a Sabrina y empiezo a organizar la cena. Ahogo el sabor a traición que me sube por la garganta. Al final, lo único que les interesaba a ese nido de ratas era nuestro nombre. Cuando la noticia de que a mi hermana le gustaba el sexo violento salió a la prensa amarillista, no solo desaparecieron esas supuestas amistades, sino que nos condenaron sin siquiera molestarse en conocer todos los hechos. Lo que más me molestó fue que al hijo de puta de Rodrigo, que la torturó en esa maldita cruz, apenas lo nombraron. La culpa, según ellos, era de Sabrina, por puta. Estoy segura que algunos creen que se merecía lo que le había pasado.

Suspiro resignada, con la certeza casi absoluta de que mi hermana no resistiría más presión. Al menos por ahora.

—Ven. Vamos a comer. Arreglaremos esto en la mañana.

Teseo me ha dado dos días libres para que reconsiderara mi decisión. Y vaya sorpresa para absolutamente nadie, me he retractado. No puedo darme el lujo de perder este empleo. Por otra parte, me siento unida a este lugar. Como si me atrapara con una dulce y peligrosa melodía. Tal vez sean mis hormonas hablando, o mi curiosidad. Como sea, es un hecho que necesito estar aquí o sino, nos devorarán las deudas. Eso es. Me ceñiré a lo práctico.

Llego a las puertas del club demasiado consciente de que mi secreta situación familiar ya no es tan secreta. Respiro hondo antes de decidirme a entrar y pongo a raya las sensaciones que Nico provocó en mí. No tengo tiempo para eso ahora. Demasiadas cosas para resolver, como conseguir una psiquiatra nueva para Sabrina. Está retrocediendo otra vez.

Un suave y seductor jazz es lo primero que me recibe al adentrarme en el pasillo. La calma antes de la tormenta. Un preludio pacífico y engañoso de lo que vendrá después. Pero hoy me permito caer en su red envolvente que se intensifica al llegar al gran salón.

Lanzo un saludo general de buenas noches a todos los presentes, que responden con un gesto de la mano o cabeza. Teseo está en la barra, revisando unos papeles. Liliana limpia el piso, probablemente por tercera o cuarta vez para dejarlo impecable. Luego se cambiará para asistirme en la barra. Silk y Velvet, las mellizas, se revisan minuciosamente el vestuario y

maquillaje para asegurarse de que están perfectamente idénticas. Dalila está en un rincón, con los auriculares puestos, haciendo sus estiramientos imposibles. Cada vez que la veo me pregunto cómo alguien con una carrera tan prometedora en el ballet pudo haber terminado en un trabajo como este. Porque no hace falta ser un erudito para darse cuenta que es una profesional de la danza clásica. Pero aquí no se habla del pasado ni del futuro. Lo único que vale es la fantasía que cada uno de ellos decide representar. Al dirigirme a los vestuarios, me cruzo con Antonio, un ruso de metro noventa, rubio y de ojos tan claros que parecen de hielo. Ya vestido con su traje frac perfectamente planchado que utiliza como forma de seducción en sus actuaciones. Me saluda con un gesto de caballero de la realeza y un “buenas noches” con acento marcadísimo del que jamás intentará deshacerse.

Entro en el vestuario y saco de mi mochila el atuendo que voy a ponerme. Pantalones de cuerina elastizada, sujetador corsetero con una línea de strass en el borde superior y camisa negra translúcida, abotonada solo hasta la cintura. Completo mi disfraz con unos stilletos con plataforma también negros. Me miro al espejo para revisar que no se haya escapado un cabello de mi coleta alta y tirante. Antes de maquillarme, me tiro agua helada en la cara para despejarme y concentrarme. Miro de reojo el necesaire donde coloqué un par de las pastillas que toma mi hermana. Dudo si tomármela. Las traje para sentirme tranquila, más que otra cosa. Solo por si acaso. No. No las necesito. Estoy bien.

Ya casi termino de elaborar mi estilo gatuno. Me detengo un segundo antes de colocarme el labial. Vuelvo a mirar el necesaire con deseo. Deseo de que mi corazón deje de palpar, deseo de dejar de sobrepensar, de dejar de transpirar. Entonces, sucumbo. Manoteo el estuche y rebusco las diminutas pastillas que coloqué en un papel doblado. Finalmente las encuentro y me tomo una, sin agua. Espero que cause su efecto rápido. Meto todo adentro de la mochila, la guardo en el locker y salgo.

De nuevo en el gran salón voy directamente a la barra. Teseo ya no está allí. Lo busco con la mirada para darle una señal clara de que no tiene que preocuparse por mí. No lo veo por ninguna parte. Al que sí veo es a Javier, el amigo de Nico. Está hablando despreocupadamente con Antonio. Y si él está aquí, solo puede significar una cosa. Nico no se va a aparecer. Javier solo viene para sustituirlo cuando no puede cumplir con sus compromisos. Solo lo he visto un par de veces pero noté que su nivel de sadismo es bastante inquietante. No es alguien a quien me gustaría hacer enojar.

Me provoca una mezcla extraña de sensaciones que él no esté aquí. Por un lado me tranquiliza, así no me distrae con recuerdos inoportunos. Pero por otro, siento un vacío, una decepción por no poder contar con él esta noche. ¿Y si algo sale mal?

Nunca lo diré a viva voz, pero sí me sentí protegida todo el tiempo que duró nuestra sesión. Me gustó poder dejarme llevar por un rato. Que otro cargara con la responsabilidad. Me fuerzo en concentrarme en mi zona de trabajo. Reviso en cuclillas detrás de la barra que no falte nada, que todo esté en su lugar.

Un carraspeo hace que levante la vista. Como si lo hubiese invocado, allí está él.

—Hola —me dice con voz áspera y una sutil sonrisa. Tardo unos segundos en reaccionar. Me pongo de pie.

—Hola —le respondo, luego de aclarar mi garganta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin poder disimular mi curiosidad.

—Trabajo aquí, ¿lo recuerdas?

Le respondo con una mueca.

—Como ví a tu amigo, pensé que no vendrías.

—Pues aquí estoy.

—Ya veo.

Me dispongo a darme la vuelta para seguir con mis cosas cuando me toma del brazo. Tira apenas de mí y su rostro queda a escasos centímetros del mío. Le sostengo la mirada. Su expresión cambia a una más seria pero solo dura unos segundos.

—El asunto es si te pone feliz o triste que yo esté aquí.

—Me da lo mismo —respondo luego de tragar mis nervios.

—Mentirosa —protesta tras liberarme—. En cualquier caso, hoy no vine a trabajar. Por eso Javier está aquí.

—¿Qué te sirvo, entonces?

Trato de llevar el intercambio de palabras a un terreno más neutral.

—Una Coca. Hoy quiero estar bien alerta.

Le alcanzo una lata y un vaso con hielo que apoyo en el posavasos. Siento su mirada en cada uno de mis movimientos y ya me está enervando. La pastilla que me tomé parece no tener efecto contra el nerviosismo provocado por acosadores con síndrome de superhéroes.

El club está a punto de abrir. Nico no se ha movido del taburete del extremo de la barra y yo necesito poner un límite. Me planto frente a él con tal vehemencia que las mellizas se voltean a observar la situación.

—Escúchame bien —susurro amenazante—. No necesito un guardaespaldas ni nada que se le parezca.

Él enarca una ceja y se recuesta en la pared con actitud pedante.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme y a mi hermana. Así que vas a tener que dejar esa pose de perro guardián de una vez.

—Wow. ¿Ensayaste mucho ese discurso en el espejo antes de venir?

—¿Qué?! —exclamo a punto de perder el control.

—Admítelo. Tu vida está hecha un desastre. Estás tomando malas decisiones porque te supera la situación. Y ya veo que si espero a que me pidas ayuda, voy a hacerme viejo.

Respira hondo para calmarse. Mi corazón late a mil.

—Hiciste lo que pudiste hasta ahora y es muy noble de tu parte, pero hasta aquí llegaste sola. Es hora de que aceptes unas cuantas manos extras.

—No es tan sencillo. Muchas personas nos han decepcionado.

—Yo no soy “muchas personas” —replica algo dolido—. No puedes perpetuar esta situación por más tiempo, Jazmín.

—No sabes nada de mi vida —respondo con fastidio.

—Cuéntame entonces.

—No tengo tiempo para esto —remarco, negando con la cabeza.

Comienzo a retirarme y entonces lanza su estocada.

—Dime una cosa, ¿dejaste sola a tu hermana de nuevo?

Me paro en seco. No me doy la vuelta. Atrapo la lágrima que rueda por mi mejilla mientras intento volver a respirar.

—Hijo de puta —susurro por lo bajo.

La noche ha sido normal, para lo que se considera normal en este lugar. Ha venido mucha gente y detecté unas caras nuevas. Eso ha sido lo mejor que me pudo pasar ya que la actividad me mantuvo muy ocupada gran parte de la noche. Nico ha mantenido una distancia apreciable y, luego de la segunda pastilla que me tomé, por momentos olvidaba que estaba allí. Aunque cuando miraba en su dirección, siempre lo veía con los ojos puestos en mí.

La noche llega a su fin. Los últimos grupos se están marchando y lo agradezco profundamente. En las dos últimas horas, un agotamiento abrumador se apoderó de mí. Apenas si podía mantener los ojos abiertos, pese a los varios Red Bull que me tomé. Hasta Antonio, en uno de sus intervalos, me preguntó si estaba bien. Le contesté que sí pero sentía el peso del mundo sobre mis hombros.

Cierro la barra lo más rápido que puedo y casi que corro al vestuario. Necesito llegar a casa y caer donde sea. Solo espero que Sabrina no haya tenido una de sus crisis hoy. No podría lidiar con eso. Abro la puerta del vestuario con mochila en mano y ya sintiéndome algo extraña.

—¿A dónde crees que vas?

La voz de Nico me sobresalta de tal manera que lanzo un grito.

—A mi casa —contesto, una vez recuperado el aliento.

—Las llaves, por favor.

Extiende su mano frente a mí.

—¿Perdón?

—Que me des las llaves de tu auto.

—Nico...

—Mira, ya sabes que no me gusta hablar demasiado. Así que dame las llaves que te voy a llevar a tu casa.

—Ya te dije que...

—Ay, por favor. No es tan complicado —exclama con fastidio.

Sin ninguna advertencia, se viene sobre mí y tantea todos mis bolsillos. Está tan cerca que su calor me envuelve y su perfume se me mete por los poros. Dejo caer mi mochila. Sus manos me tocan y yo me siento tan febril. Casi que deseo haber perdido las benditas llaves para que mi siga tocando así.

—Listo —dice apartándose de mí y sacudiendo el manojito frente a mis ojos.

Al ver que no reacciono, se le escapa una sutil sonrisa. Niega con la cabeza, levanta mi mochila, me toma de la mano y me lleva a la salida.

No hablamos durante el trayecto. Me hago la distraída mirando por la ventanilla mientras él y su ego llenan todo el espacio. Me acomodo en el asiento y lo próximo que recuerdo es el aire frío golpeando mi rostro. Intento abrir los ojos pero mis párpados pesan demasiado y mi mente está muy confusa. Me toma de las manos y tira con suavidad. Estoy entre sus brazos. Me dejo llevar, literalmente. Cuando percibo que estoy en el interior, abro apenas mis ojos y me tranquiliza no volver al caos, pero...

—Sabrina... —baluceo.

—Sabrina está bien —responde a mi pregunta fantasma—. Está acomodando tu cama para que puedas descansar.

Unos segundos después, los escucho murmurar pero no entiendo lo que dicen. Nico me deposita en mi cama y solo quiero hacerme un ovillo y dormir. Mi hermana me acaricia el

cabello entre sollozos y me dice que lo siente. El agotamiento no me deja responderle pero siento su angustia en mi pecho. Me quita la ropa y me coloca el pijama. Después se mete bajo las sábanas y me abraza como cuando éramos pequeñas y yo me metía en su cama tras haber tenido una pesadilla.

Me despierto con el cuerpo algo entumecido. Estoy sola en la cama así que me desperezó con libertad. Salgo del cuarto y un exquisito olor a café me invade. Escucho movimiento en la cocina así que, tras mi breve paso por el baño, me dirijo hacia allí. Me sorprende al ver que Sabrina está muy ajetreada, terminando de poner la mesa para las dos.

—Buenos días —digo suavemente, pero aún así la asusto.

—Buenos días —me responde sin darse la vuelta—. Ya casi termino.

Veó la montaña de waffles a su lado.

—Siéntate —me indica.

Lo hago sin salir de mi asombro. Apaga el fuego, lleva los waffles a la mesa y se sienta a mi lado. Sigue sin mirarme. Apoyo mi mano sobre la suya. Al instante, suelta un sollozo.

—Lo siento —dice balbuceando, y al fin conectamos miradas—. Siento haberte arrastrado a esto.

—No fue tu culpa.

Le acaricio la mejilla.

—Debí ver las señales, Jaz. Me lo habían advertido pero caí como una novata.

—Le pudo pasar a cualquiera. Ese tipo —me resisto a nombrarlo—, era muy manipulador.

—No quiero hablar de eso ahora —declara—. Y sobre todo, no lo quiero hablar contigo.

—¿Qué?

—Come tu desayuno o se te va a enfriar.

—Sabrina, ¿qué está pasando?

—Soy tu hermana mayor. Se supone que soy yo la que te tiene que cuidar. Sin embargo, te hundí en este pozo. No puedes seguir así, Jaz. No lo voy a permitir.

—¿Qué sugieres, entonces? —pregunto cruzándome de brazos.

—Necesitamos ayuda. No puedes seguir cargando con esta situación tú sola.

En ese momento, me golpea como un rayo.

—Nico... —murmuro entre dientes apretados.

Sabrina me mira, dudando.

—Hablaste con Nico —digo más claramente.

—Bueno, sí. Anoche te traje y creí que te había pasado algo. Fue imposible despertarte. Yo estaba muy preocupada, quería llamar a un médico pero él te revisó y dijo que solo necesitabas descansar.

—¿Me revisó? —pregunto avergonzada. Intento disimularlo tomando café.

—Sí, pero tranquila. Solo te tomó el pulso y la temperatura en la frente.

—¿Y de qué hablaron?

—No te lo tomes a mal. Él se preocupa por ti. Algo que yo tendría que haber hecho también.

—Siempre me cuidaste. Solo estás pasando por un mal momento.

—Y es hora de hacer algo al respecto.

—Imagino que tienes una idea pura y exclusivamente salida de tu cabeza.

—Jaz...

—¿Qué garantía tenemos de que nos vaya a ayudar? No podemos confiar en él ni en nadie.

—Creo que debemos darles una oportunidad. Ellos no son como la gente del Country y de la empresa. Literalmente han hecho de la confianza y la discreción la base de su negocio. Yo me sentía tan bien, tan segura allí. Todo se torció cuando lo conocí a él en ese bar.

—No regreses a su recuerdo, Sabi.

La tomo de las manos y creo que la cafeína está haciendo efecto porque un detalle aparece en mi mente.

—¿Por qué hablas en plural?

—Jaz, solo quieren ayudarnos.

—¿Quiénes precisamente?

—Todos.

—No. Es una pésima idea. No sé qué te habrá dicho Nico pero no tengo ninguna intención de exponer nuestra vida privada a más personas.

Sabrina estalla en carcajadas. ¿Se volvió loca?

—Dudo que sea un secreto para alguien a estas alturas. Salió en todas partes. No podemos seguir así, escondidas del mundo.

Suspira apesadumbrada.

—Necesito recuperar el control y tú necesitas tener una vida normal. No puedo seguir permitiendo que te exijas más y más. No vas a volver al hospital por mi culpa. No. Cierra esa boca ya mismo. No hay alternativa.

Levanto mi mano como una niña pequeña en clase.

—¿Qué? —me pregunta Sabrina algo tentada.

—¿Puedo saber cuál es el plan?

—Nos reuniremos para elaborar uno.

—¿Nos?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí.

—¿Cuándo?

Mira su reloj.

—En una hora.

Creo que me acaba de bajar la presión.

Voy a matarlo. Voy a matarlo. Voy a matarlo.

Me paseo ansiosa por la sala y miro el reloj por enésima vez. Sabrina no disimula su nerviosismo mucho mejor que yo. Sigue colocando utensilios sobre la mesa del comedor como si aquello fuese una fiesta. ¿Qué demonios estamos haciendo? Voy a matar a Nico apenas tenga la oportunidad. Por metido.

El timbre suena y ambas nos ponemos tensas, como si la inquisición viniera por nosotras. Nos miramos, respiramos hondo y Sabrina me adelanta para abrir la puerta. Siento que la sangre se me hiela.

Liderando la comitiva está Teseo que saluda a Sabrina con un breve abrazo a la altura de los hombros. Ella se relaja al instante. Cobardemente me he refugiado detrás de la barra de la cocina a observar. A mi hermana siempre se le ha dado mejor el ceremonial y protocolo.

Las próximas en aparecerse son Silk y Velvet. Me emociona mucho verlas aquí. En el club están tan concentradas en sus tareas, que nunca pensé que repararan demasiado en nadie más. Saludan a Sabrina en un gesto cómico, plantándole un beso ruidoso en sus mejillas al mismo tiempo. Liliana entra con su sonrisa deslumbrante y la abraza con fuerza. Las tres logran divisarme y vienen hacia mí mientras Antonio cruza la puerta junto a Dalila. ¿Ella también? Me sorprende demasiado que la reina del hielo esté aquí. Liliana me abraza también y me dice bajito que está para lo que la necesite. Le agradezco con un nudo en la garganta.

—Hoy no te toca trabajar —me dice Silk, abrazándome desde atrás, mientras Velvet tira de mí hacia adelante para arrastrarme fuera de mi escondite y abrazarme también. Por un momento quedo hecha un sandwich entre las dos. Cuando me sueltan, Teseo, sonriendo levemente por la escena, me toma de las manos y me pregunta cómo estoy. Su mirada es tan profunda que me veo obligada a bajar la mía con los ojos irritados por la angustia incipiente. Él no exige respuesta. Me aprieta el hombro en señal de apoyo y se retira.

Cuando alzo la mirada de nuevo, Nico cruza la puerta y mi corazón da un vuelco. Recorre rápidamente la habitación con sus ojos entornados, hasta que me localiza y sonrío. Pero su gesto se modifica al instante cuando se da cuenta del mío. Es tanta la indignación que siento que estoy a punto de largarme a llorar. Pero no le voy a dar el gusto. Aprieto la mandíbula, me doy media vuelta y regreso a la cocina a servir bebidas para todos. Al menos tiene la decencia de no venir hacia mí.

Cuando termino de dejar las bebidas, tengo toda la intención de huir, pero Sabrina me atrapa y me pide que me quede. Veo la súplica en su gesto, así que resisto a mi impulso.

Me siento en el reposabrazos del sillón y la tomo de los hombros para infundirle seguridad. Yo me quedo sin nada.

—Primero... —se aclara la garganta—. Primero que todo quiero agradecerles por haber venido. Es muy importante para nosotras este apoyo que nos están brindando. Yo... yo tendría que haber sido más responsable y haberme dado cuenta de que no podíamos con esta situación.

Su voz está distorsionada y las lágrimas ya ruedan por sus mejillas. Se gira hacia mí.

—Perdón por ponerte en peligro. Perdón por exigirte tanto.

Me abraza fuerte de la cintura y yo la contengo todo lo que puedo. Me resisto a derramar una sola lágrima.

Nico tiene su mirada puesta en mí, con la mandíbula tensa.

Sabrina respira profundo y se recompone para seguir hablando.

—Ahora soy consciente de mi error por lo que, oficialmente, les estoy pidiendo ayuda.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta que Sabrina tenía entre sus manos una pequeña libreta. Respira hondo, bebe un sorbo de agua y la abre con manos temblorosas. Veo de reojo que tiene una lista. ¿Cuándo la hizo? Tal vez fue algo que venía pensando desde hacía tiempo. Pero me lo habría dicho, ¿no? O tal vez, lo más probable, que fuera algo reciente. Muy reciente. Llevo mi vista aguda a una persona en específico. Nico me devuelve la misma mirada inquisitiva. Lo voy a matar. ¿Quién lo nombró santo patrono salvador de esta familia?

Sabrina empieza a leer lo que acaba de llamar su “lista de deseos”, entre los que está salir de la casa, conseguir un trabajo y ayuda para llevar adelante la casa. También menciona terapia psicológica y esto me sorprende mucho. Ya había hablado con ella del tema y siempre se había negado. ¿Qué cambió?

—Las pastillas deben desaparecer de esta casa. No podemos vivir sedadas a la realidad. El corazón me da un vuelco. ¿Sabe que tomé sus pastillas? Me avergüenzo con furia. Lo menos que necesita mi hermana es que me convierta en un problema para ella.

Sabrina cierra su libreta y suspira profundamente.

Nico es el primero en hablar.

—Podría hablar con Mateo. Estoy seguro que nos puede recomendar una psicóloga especializada en traumas de este tipo.

—Suená bien —responde Teseo.

Sabrina solo asiente. Apenas alcanzo a comprender lo doloroso que resulta para ella exponerse de esta manera.

—Nosotras podemos hablar con Noe —dice Silk, mirando a Velvet.

—Sí. Nos contó que estaba necesitando ayuda en la editorial —responde su hermana.

—Pero yo no sé nada de editoriales —repite Sabrina temerosa.

—No te preocupes —habla Silk.

—Habla con ella y veremos qué dice —completa Velvet con un guiño.

La noto tensarse así que le masajeo suavemente los hombros.

—Yo puedo venir dos veces a la semana a ayudar con la casa —se ofrece Liliana con entusiasmo.

Antonio se aclara la garganta antes de hablar.

—No es que quiera sonar pretencioso, pero soy un excelente cocinero y siempre preparo demasiado para mí solo.

—La humildad desborda por tus venas, amigo —dice Nico y no puedo evitar sonreír con el resto. A pesar de seguir enojada con él.

—Conocerán la cocina de la madre Rusia —se expresa con un dramatismo muy gracioso.

—No exageres —vuelve a hablar Nico— que no vivimos a menos treinta grados.

—Ok, ok —replica Antonio—. Solo un poco —responde con un guiño.

—Si quieres —habla Dalila con una voz tan dulce, que me deja descolocada. Contrasta demasiado con los personajes agresivos que elige representar—. Necesito una asistente que me ayude a entrenar. No es mucho, pero podría ayudarte para salir un poco de la casa.

Sabrina asiente con ganas y veo la emoción reflejada en sus ojos vidriosos.

—Y yo puedo ser tu chofer personal siempre que lo necesites —aporta Teseo.

—Gracias por todo lo que están dispuestos a hacer por nosotras— la voz de Sabrina está muy afectada. Se contiene para no quebrarse—. No sé cómo hacer para devolverles el favor.

—Lo único que tienes que hacer —declara Teseo —es aceptar nuestra ayuda y concentrarte en mejorar para recuperar tu independencia. Ese es el pago que requerimos.

Todos asienten en acuerdo.

—¿Y tú qué opinas? —inquire Nico, clavándome la mirada—. No has abierto la boca.

¿A qué diablos está jugando?

—Yo solo quiero que mi hermana esté bien.

—Es lo que queremos todos. Pero, ¿no hay nada que necesites para ti?

Todos nos miran como en un partido de tenis. Nadie dice nada.

—No... —digo entre dientes apretados, en parte respondiendo a su pregunta y en parte para decirle que se detenga ya mismo.

Al parecer capta la indirecta y alza los brazos en señal de rendición. Pero no le creo. El ambiente se relaja casi por completo cuando Teseo propone un intercambio de números telefónicos y la posterior retirada. Nos ayudan a poner todo en su lugar y uno a uno se van despidiendo de las dos. Nico queda para lo último y eso me cripa los nervios. Minutos después, es el único que queda hablando con mi hermana. Los observo desde la cocina. No sé qué dicen porque prácticamente están susurrando. Ella asiente y él le frota los brazos. Le sonríe y él le devuelve el gesto. Mi estómago da un vuelco. ¿Desde cuándo hay tanta intimidad? No. No estoy celosa. Es que ya estoy segura del nivel de conversación que tuvieron mientras estuve inconsciente. Y no me gusta nada la sensación que me da esta situación.

Sabrina viene hacia mí y espero haber desviado la mirada lo suficientemente rápido.

—Necesito acostarme un rato —me avisa—. ¿Estás bien?

Asiento.

—Jaz...

—¿Sí?

—Dale una oportunidad.

—¿Qué?

Pero no me responde. Me da un beso en la frente y se va. La veo subir las escaleras con paso cansino. Unos segundos después, la puerta de su cuarto se cierra.

Inevitablemente cruzo la mirada con Nico. El desgraciado se ve tan dueño del maldito universo que lo rodea. Quisiera poder odiarlo un poco más. Está recostado en el respaldo del sofá, con los brazos cruzados al pecho.

—¿No te das cuenta que todos se fueron ya?

Suelta una risita vaga y niega. Deshace lentamente su postura y se dirige hacia mí. No, no, no. Estoy con demasiadas cosas en la cabeza como para lidiar con él ahora. Le doy la espalda para que no vea mi cara enojada.

—Haz lo que quieras —digo demasiado alto—. Tengo cosas que hacer y no puedo seguir perdiendo el tiempo contigo.

Sin mediar palabra, me quita el trapo y el vaso. Coloca sus manos en mis hombros y me da la vuelta. Quedo atrapada entre él y la mesada. Se apoya en el granito y me mira desde arriba. El calor hace que se me humedezcan los ojos. El corazón se me sale por la boca.

—Tranquila —me hipnotiza con su tono bajo de voz—. Solo respira.

Suelto el aire pero de inmediato empiezo a jadear.

—Lento, Jaz. Relájate.

Pero no puedo, ni quiero. Estoy demasiado enojada con él.

—¿Cómo te atreves?! —lanzo en un gruñido. Lo empujo con las manos en su pecho y me deja salir.

Empiezo a caminar por toda la casa, tratando de calmarme. No quiero ponerme a gritar como una loca y despertar a mi hermana. Nico vuelve a living y se sienta en el sofá. Me observa.

—Punto número uno. Una cosa es el club y otra muy distinta, es mi casa. No puedes venir a hacer tus cosas de macho dominante, sádico o lo que sea aquí. Este es mi territorio. Punto número dos. ¿En qué momento se te ocurrió que era buena idea traer a todo el club a meterse en la vida privada de mi hermana? Estaba controlando la situación y lo que menos necesita Sabrina son falsas esperanzas y soluciones mágicas. Si la defraudan otra vez, no lo va a resistir. No sé cómo voy a lidiar con otra recaída. Punto número tres. No te creas que porque sentí esas cosas... contigo... en el club...

Mierda. ¿Por qué me siento tan débil?

—Jaz...

Nico se pone de pie e intenta agarrarme de la muñeca pero me zafo.

—¡No! No tienes ningún derecho a venir aquí y presionar para salirte con la tuya.

Doy unos pasos atrás, tambaleante. Nico me sigue. Su expresión cambia. Me siento mal. Choco contra el sillón y me dejo caer. Tengo frío de pronto.

Nico me recuesta y levanta mis piernas para colocarlas sobre los almohadones.

—Tranquila. Inhala por la nariz y exhala por la boca. Despacio. Eso es.

Me toma las pulsaciones mirando su reloj. No necesito que me lo diga. Sé que mi corazón está volando. Estoy demasiado cansada.

—Todo va a estar bien, Jaz. Ya no tienes que hacerlo sola. Eso es. Solo respira.

Poco a poco voy volviendo a la normalidad.

Satisfecho con mi ritmo cardíaco, suelta mi muñeca y coloca su mano en mi frente. Abro los ojos despacio.

—Nico...

—Ahora no. ¿Tienes Coca Cola?

—Creo que hay dos latas en la heladera.

—Ok. No te muevas. Ya vuelvo.

Mientras no está, mi cabeza elabora mil maneras en las que Nico me hará tragar mis palabras una a una. Me lo tengo merecido. No tengo nada bajo control. Mierda. Lo escucho acercarse. Pone el vaso con el refresco y hielo sobre la mesa, encima de un posavasos.

—Dame las manos.

Obedezco. Con una delicadeza casi exagerada, me ayuda a sentarme. Acto seguido, me entrega el vaso.

—Ahora vas a tomar de a poco y me vas a escuchar. Solo escuchar —me advierte.

Respondo sorbiendo del vaso.

—Bien. Punto número uno —dice imitándome.

—No vas a lograr ni ofenderme ni alejarme disminuyendo lo que hago, lo que soy. Y dicho sea el caso, no ando cambiando de personalidad dependiendo del “territorio” en el que esté. Lo que ves, es lo que hay. No me ando con vueltas.

Bebo porque de pronto siento muy seca la garganta.

—Segundo. Pensé que lo tenías claro pero parece que no. La confianza es el pilar fundamental para que el club funcione. Todas las personas que estuvieron hoy en tu living lo tienen muy claro y lo ejercen. Nos hemos ayudado muchas veces en situaciones muy complejas, así que te informo que tienes a tu disposición a personas de una excelente calidad humana. Nada que salga de sus bocas serán promesas vacías. La han pasado bastante mal por eso. Créeme que no van a perpetuar una actitud tan dañina. Y sobre tu control de la

situación... Bueno, no tengo que agregar mucho más —dice mirándome de punta a punta. Tercero. Tengo todo el derecho del mundo de intervenir y hacer las cosas a mi manera. Te di espacio, te di tiempo y no solo no pediste ayuda sino que te empujaste al límite y diste un paso al abismo. Anoche te traje casi inconsciente, y ahora por poco no te desmayas. Necesitas con urgencia ceder el control y una vía de escape.

—Y supongo que ya tienes todo planeado —me animo a soltar.

—Todo, no. Pero tengo algunas ideas.

Respira profundo antes de seguir.

—Escúchame, Jaz. Esto no se trata de territorios o de competir por quién tiene la razón. Se trata de tu seguridad y la de tu hermana. Y no puedes lidiar con esto sola. Te estás destruyendo. ¿Crees que no sé que te robaste y te tomaste los tranquilizantes de Sabrina? ¿Crees que no te vi tomar Red Bull compulsivamente? ¿Qué va a ser después? ¿Cocaína? ¿Anfetaminas?

—Para, por favor —le pido con la voz quebrada.

—¿Lo harás tú?

Asiento.

—Necesito que te comprometas, Jaz.

—Sí. Voy a parar. Voy a aceptar ayuda.

—Finalmente. Voy a tomarte la palabra.

No puedo evitar emocionarme porque se esté tomando tantas molestias por nosotras pero...

—¿Por qué? —pregunto con voz débil.

—¿Qué? —me mira con desconcierto.

—¿Por qué te preocupas tanto por nosotras?

Se lo piensa un rato antes de contestarme. Luego me mira a los ojos y siento una profunda tristeza.

He perdido amigos porque no pudieron lidiar con el estrés en sus vidas. Primero comenzaban con el alcohol, un porro ocasional y luego necesitaban más y más para poder manejar la realidad. Somníferos, ansiolíticos y cócteles sin control que los terminaron matando. No pude hacer nada por ellos porque yo también estaba hecho un desastre y me dolió demasiado ser solo un espectador. Ahora que estoy bien, no voy a ser un ente pasivo nunca más si veo a alguien que me importa en problemas.

Tras superar el shock inicial por lo que me acaba de decir, se lo pregunto.

—¿Quién fue tu salvavidas?

—Javier.

Bajo por completo la guardia ante su vulnerabilidad.

—Me alegro que pudiera estar ahí para tí.

Me responde con una sonrisa.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto algo nerviosa.

—¿Hace cuánto no te haces un chequeo médico completo?

—No querrás saberlo.

—Eso va a ser lo primero. Y para asegurarme que no me mientas, te voy a llevar a un amigo mío.

—Alto ahí. ¿Cómo me voy a asegurar de que no te va a contar todo lo que sepa de mí?

—¿Con qué clase de personas crees que me relaciono? Existe la ética profesional, ¿sabías? Seguro escuchaste del secreto médico-paciente.

—Ok, ok. Aún así, ¿por qué no puedo elegir yo?

—Porque me quiero quedar tranquilo de que sea uno bueno, que te escuche y te dé el mejor trato.

Me sonrojo al instante.

—Jaz, entiendo que te cueste confiar. Pero dame la oportunidad de demostrarte que va a ser para mejor. Además...

Y ahí está de vuelta esa expresión soberbia.

—No te fue tan mal la última vez que confiaste en mí.

Sonríe torcido y ladea apenas la cabeza. Mis hormonas reaccionan por puro instinto. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no dejarme llevar por el deseo. Es definitivo que no estoy bien de la cabeza. Pasar de querer matarlo a estar encima de él, no es normal.

—Ok.

Me termino el vaso de Coca Cola y agradezco la frescura que baja por mi garganta.

—Bien. Descansa que voy a coordinar tu cita.

Se pone de pie, teléfono en mano, como si tal cosa.

Yo cierro los ojos y me dejo llevar por las imágenes que desfilan por mi mente mientras una exquisita sensación me recorre las venas.

Dos meses desde que forzosamente abrimos el juego. No todos los días han sido de rosas. Sabrina, a pesar de haber tenido algunas crisis, gracias al tratamiento psicológico ha podido salir mejor parada.

Nico se ha mantenido relativamente distante luego de que le prometiera que nunca más haría locuras con pastillas y bebidas estimulantes. Ayudó que le mostrara mis exámenes con la prueba de que estoy en perfecto estado de salud. Física, al menos. Aunque sospecho que recibe informes de los demás.

Luego de consultarlo con su psicóloga, Sabrina está ayudando a Noelia con tareas administrativas en su editorial dos veces a la semana y sale con Dalila a sus entrenamientos por el parque tres veces a la semana.

Ahora que las cosas están más tranquilas, las noches en el club no resultan tan agotadoras. Aunque con la tranquilidad y la ayuda, mi mente ha tenido tiempo de divagar hacia lugares que había aplacado. Así que intento sacarme de la cabeza por distintos medios las escenas que no me dejan dormir. A veces el ejercicio ayuda, pero otras veces tengo que hacerme cargo de manera más directa. El haber comprado ciertos juguetes, ayuda mucho.

Llego a casa luego de correr, agotada pero con la cabeza más despejada. Voy a la cocina para tomar agua cuando me choco con Sabrina.

—Ay, hola. Volviste.

—Sí —le respondo algo sorprendida de que aún siga aquí—. ¿No tendrías que estar en la editorial?

—No. Me dijo Noe que hoy fuera una hora más tarde porque tenía una reunión fuera de la oficina.

—Ah, ok —le respondo mientras descanso en la silla del comedor.

Me mira raro.

—¿No te estarás exigiendo demasiado con el ejercicio?

—No —contesto a secas.

—Jaz...

—Sabi... Vas a llegar tarde aún con el cambio de horario.

Me responde dando vuelta los ojos.

—Y estás a medio vestir —le recalco.

—Ah, sí —sonríe—. Lo que me recuerda, ¿me prestas la blusa blanca de tiritas? La que tiene la tela suelta al frente.

Asiento mientras trago agua.

—Genial. ¿Dónde está?

—En la caja de gamuza blanca y negra. En el estante arriba de las perchas.

—Ok. ¡Gracias!

Desaparece corriendo escaleras arriba. Me levanto para buscar alguna fruta para comer. Estoy pelando una banana y me cae la ficha.

Ay, no.

Dejo la fruta sobre la mesa y voy corriendo a mi cuarto. Llego hasta mi puerta con el corazón en la boca. La caja está abierta sobre la cama. Sabrina me mira con mi blusa puesta, la cara roja como un tomate y ya no puede aguantar la carcajada. Me tapo la cara, avergonzada.

—Ay, no. Perdón, perdón. Juro que no lo toqué. Bueno, un poco sí. No esperaba encontrarme un...

—Basta, por favor —la detengo.

Se coloca frente a mí y me destapa la cara.

—No pasa nada, Jaz. Somos adultas. Me río de los nervios, no por burlarme de ti.

—¿Podemos dejar de hablar del tema?

—Ay, Jaz. No estás cometiendo ningún crimen. Muchas mujeres tienen uno o varios.

No puede evitar reírse y me contagia.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—No.

La veo hacer ese gesto en que entorna los ojos y se da golpecitos en los labios con el dedo índice. Está sacando sus conclusiones.

—¿Tu compra reciente de este artilugio tendrá algo que ver con el ejercicio desmedido que haces últimamente?

—No sé de qué me estás hablando.

Trato de restarle importancia a la situación. Cierro la caja con el bendito aparato dentro y la pongo en su lugar.

Otra vez esa mirada intrigante.

—A que te imaginas a alguien muy específico cuando lo usas. Alguien cuyo nombre empieza con N.

—Vete a trabajar de una vez y déjate de imaginar cosas.

Le cierro la puerta en la cara.

—¡Te conozco, hermanita! —me grita desde el otro lado.

Me acuesto en la cama, rezando para que se guarde sus suposiciones bajo llave.

Mi teléfono suena y salgo de mis ensoñaciones para atenderlo. Cuando miro la pantalla me quedo helada. Solo basta pensar en el diablo para que éste aparezca. Inhalo y exhalo antes de tender.

—Hola.

—Hola, Jaz. ¿Estás bien? Te noto algo agitada.

—Sí. Acabo de hacer ejercicio.

—Interesante... —contesta bajando su tono de voz.

—¿Llamabas para algo?

—Sí. Para invitarte a cenar. Estás libre esta noche, ¿no?

—Sí, pero... —balbuceo sin saber bien qué decir.

—¿Tenías planes?

—No.

—Entonces, ¿aceptas cenar conmigo? Prometo comportarme.

Yo no.

Se me cruza ese pensamiento sin control alguno. Malditas hormonas. Trato de ponerle cabeza fría. Sería muy ordinario de mi parte negarme después de lo que ha hecho por Sabrina y por mí.

—¿Jaz?

—Ok —digo casi en un susurro. Aclaro mi garganta y respondo más fuerte.

—Paso a buscarte a las nueve.

Corta sin más, dejándome con la duda sobre cómo debería vestirme.

—Estás hermosa —me dice Sabrina desde mi cama.

—¿No es mucho?

—¿Mucho? Es un par de jeans y una camisa.

—Y el maquillaje, los zapatos de taco, el perfume...

—Ya, ya. No es necesario que enumeres todo lo que llevas puesto. Además, está acostumbrado a verte mucho más producida.

—Es distinto. Eso es trabajo y esto, la vida real. No quiero parecer...

—¿Que te mueres de ganas de verlo?

—No exageres. Ni siquiera sé qué pretende de este encuentro.

—Pasarla bien contigo. ¿Qué va a pretender?

—No lo sé. Y me pone nerviosa no saberlo.

—Disfruta de la velada y listo.

—Y listo.

—Ajá.

—Como si fuera tan simple.

—Lo es, Jaz.

Me engancha el brazo y me lleva fuera de la habitación. Bajamos las escaleras y me pasa el abrigo y la cartera que estaban sobre el sofá.

—Relájate y diviértete, ¿sí?

—Lo intentaré. ¿Vas a estar bien sola? —pregunto algo inquieta.

—Me olvidé decírtelo. No voy a estar sola. Liliana viene a ver películas conmigo. Se va a quedar hasta mañana. Así que no te preocupes por mí que voy a estar pijamada.

El teléfono de Sabrina suena.

—Ah, ya llegó.

Abre la puerta y ambas se abrazan entre risitas, como si fueran unas niñas. Una punzada de celos me aprieta el pecho pero la aplaco de inmediato. En realidad me hace muy feliz que Sabrina esté construyéndose una vida nueva.

—¡Wow! ¡Qué linda! —me dice Liliana con demasiado entusiasmo. Me pongo roja al instante.

—Me voy a cambiar —declaro, enfilando para la escalera.

—Tarde —apunta Liliana—. Nico ya está afuera.

—No sé si es buena idea —digo al darme la vuelta, mirando a una y otra.

—Jazmín. Mírame y sobre todo, escúchame bien.

Cuando mi hermana me llama por mi nombre completo, sé que va en serio.

—Sé que por mi... problema, tuviste que dejar de lado muchas cosas y te lo agradezco de aquí a la luna y de regreso. Pero ya está. Ahora es tu deber actuar como una mujer normal de veinticuatro años y divertirte con ese hombre divino que te está esperando ahí afuera. No quiero que sigas poniendo tu vida en pausa. Ya vete.

Me empuja hacia la puerta sin derecho a protesta.

—¡Te amo! —me grita y cierra la puerta. Creo que el barrio entero sabe que mi hermana me quiere. Frente a mí, Nico está apoyado en su auto, tentadísimo de la risa. Y yo me infarto. Está vestido completamente de negro. Casual y sensual. Totalmente dueño de sí mismo, como si no le costara el más mínimo esfuerzo. Una versión civil y apta para todo público de lo que muestra en el club.

—Buenas noches, Jazmín.

Me da un beso en la mejilla y me toma desprevenida. El suave aroma a su loción me despierta una sensación rara en el estómago.

—Te ves muy bonita hoy —me alaga al abrirme la puerta del auto.

Le agradezco pero no le devuelvo el cumplido. No creo que necesite aumentar más su ego.

—¿A dónde vamos? —pregunto para romper el hielo y saciar mi curiosidad.

—A mi restaurante favorito. Y después, veremos.

¿Qué vamos a ver?

—O tal vez te lleve directo a la comisaría para que me denuncies por secuestro —termina en una carcajada—. Si tu hermana no te hubiese empujado por la puerta, creo que me habrías dejado plantado. Cualquiera diría que me tienes miedo.

Lo que tengo es miedo de no poder controlarme.

—No, lo siento —me disculpo—. No es eso.

—Entonces, ¿qué?

Hago silencio por unos momentos.

Nos detenemos frente a una casona en cuyo interior se divisa movimiento de comensales. Apaga el auto. Me toma de la quijada y me gira hacia él.

—¿Quieres estar aquí conmigo, Jaz?

Más de lo que crees.

—Sí —termino por responder.

—Ok. Entonces relájate o voy a tener que cambiar el orden de los acontecimientos.

¿En qué me metí?

El lugar es muy acogedor. Una casona antigua reacondicionada en donde se respetan las habitaciones, por lo que compartimos espacio con muy pocas personas. La iluminación es tenue y puntual en cómodos apartados, por lo que al sentarnos en nuestra mesa, da la sensación de que estamos solos. Tanta intimidad debería de resultarme incómoda, sin embargo me siento como en un refugio.

La moza nos da la bienvenida y nos entrega la carta. Luego se retira.

Nico ni se molesta en leer el menú.

—¿Tienes mucha hambre?

Tengo un nudo por estómago.

—No —respondo simplemente.

—Déjame sugerirte la tabla de la casa. Trae una degustación de lo mejor de la carta. Podemos compartir.

Agradezco no tener que pensar qué pedir.

—Otra cosa —agrega y me mira de una forma extraña—. ¿Podrías no beber alcohol hoy? Me perdí.

—¿Y eso a qué viene?

—No quiero que lo uses de excusa por lo que puedas decir o hacer. Te quiero lúcida y plenamente consciente de tus actos.

Esto ya es demasiado.

—Escucha.

Me apoyo en el asiento lo más lejos de él que puedo.

—No sé qué es lo que crees que va a pasar aquí pero no soy una muñeca a la que puedas ajustar a tus planes.

—No es necesario que te pongas a la defensiva. No pretendo manipuarte. Mi intención no es imponerte nada, pero sí quiero hablar de algunos temas importantes. Para eso, me gustaría que estuvieras en pleno uso de tus facultades. Puedo tener mis deseos, pero espero que todo fluya naturalmente.

Me guiña un ojo tras su mensaje críptico.

Llama a la moza y le pide la famosa tabla. Cuando me pregunta qué voy a beber, pido agua y un licuado multifructal.

Una vez llega la comida y Nico me explica qué es cada cosa, el ambiente se distiende mucho. Todo está delicioso y el hecho de comer con los dedos hace que me relaje todavía más.

Nos reímos de anécdotas de la infancia, me cuenta sus extrañas elecciones de estudios hasta que finalmente terminó en el ejército. Yo le cuento lo mucho que odio las reglas de la alta sociedad y cómo me revelaba contra ellas de niña cada vez que podía. Y de pronto bajo de mi burbuja y recuerdo cómo toda esa gente nos decepcionó y nos dio la espalda en nuestro momento de mayor necesidad.

—Hey.

Nico llama mi atención cuando me quedo con la mirada perdida.

—Perdón. Me distraje por un momento.

—Esa gente no te merece, Jaz. Ahora perteneces al lado de los inadaptados, que te aseguro, es mucho más divertido.

Me noto imitando su sonrisa perversa. Pero la necesidad llama y debo romper la atmósfera.

—Pediré el postre —anuncia.

—Confío en tu elección —le respondo inocente y, al ver su expresión, me doy cuenta de mi error. ¿O lo hice a propósito? No estoy segura.

Me miro al espejo mientras me lavo las manos. Esta salida está resultando mucho mejor de lo que pensaba en un principio. No tocamos ningún tema escabroso. No sé por qué tanta advertencia previa. Aunque la noche aún es larga. No. No me voy a perseguir. No todo en la vida es tan catastrófico, Jaz.

Me dirijo a la mesa en el momento justo en que la moza se retira. Cuando me voy a sentar, Nico se pone de pie y me da paso para que me ubique a su lado. Veo que hay un solo postre, cubierto. Me siento donde me indica y la sensación en el estómago aparece con más fuerza.

—Verás, este postre es una delicia, pero tiene el problema de que es muy engorroso para comer. Así que te voy a ayudar.

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo sola?

—No es eso. Solo quiero asegurarme de que no termine encima de tu ropa. Sería una pena ensuciarte.

—Qué considerado.

—Así soy yo.

Decido no pensar más y dejarme llevar por su juego. ¿Qué podría salir mal?

Destapa el plato y veo un volcán de chocolate, acompañado de una salsa de frutos del bosque. Leí sobre esto en un libro muy subido de tono y entonces no puedo evitar sonreír.

—Se ve muy tentador —digo para distraerme de la escena que describía en el libro. Aunque no estoy exagerando. Amo el chocolate y al estar tibio, su aroma sube hasta mí, seduciendo mis sentidos. De pronto, un pensamiento intrusivo me arruina el momento. Va directo a mis labios sin que pueda detenerlo.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

Él me mira sin entender por unos instantes. Enseguida lo capta.

—Cientos —me contesta—. Es mi *modus operandi*. Me descubriste —responde claramente ofendido.

Suspiro y me doy cuenta lo injusta que estoy siendo. Lo estábamos pasando tan bien y sentí la necesidad de arruinarlo.

Él vuelve a tapar el postre.

—Perdona —me dice cuando mis disculpas estaban en la punta de mi lengua. Me quedo atónita y decido dejarlo hablar—. No debí responderte así. Me traicionaron los nervios.

¿Nervios?

—Soy humano, Jaz. Y la verdad es que no hago este tipo de cosas muy seguido. Entenderás que no me resulta demasiado difícil estar con una mujer dado lo que hago. Y usualmente voy más a los hechos.

Solo asiento como respuesta.

—Así que confieso que este encuentro lo ideé especialmente para ti.

—Gracias —digo con la voz algo ronca—. Yo...

—Mira —me interrumpe—. Te propongo que comamos el postre para que no se enfríe y luego hablamos con el café.

—Ok —respondo de inmediato, no sin sentirme algo culpable por haber estropeado su plan.

Destapa el plato y esta vez inhalo profundamente.

—Se me hace agua la boca.

Me saboreo sin vergüenza.

Me alcanza una cuchara y mi desilusión es evidente.

—¿Sabes? —Jugueteo con la cuchara entre mis dedos—. Aún me mancho cada vez que tomo helado. Soy un verdadero desastre.

Él me mira suspicaz.

—Ah, ¿sí?

Su mirada ha recuperado el brillo.

—Sí. La verdad es que sería una pena que ese delicioso postre termine en el piso por mi torpeza.

—No lo podemos permitir —dice ya quebrando la cúpula oscura del bizcocho. De inmediato el centro espeso se comienza a derramar. Me relamo los labios al ver la cuchara cargada acercarse a mi boca. Él está enfocado en mis labios. En el justo momento en que el metal toca mi labio inferior, ambos levantamos la mirada y la conexión es tan intensa que el sabor en mi boca, suave, untuoso y complejo, exacerba la explosión que siento en todo mi cuerpo. Inhalo profundo y finalmente cierro los ojos para dejarme arrollar por las sensaciones tan primitivas. Cuando los abro para pedir más, Nico me está mirando como si quisiera devorarme. Bien. Yo también puedo proponer.

Él se parte un trozo y se lo lleva a la boca. Cuando su lengua repasa sus labios, siento un peso ineludible en mi bajo vientre.

Niega disconforme y vuelve a mirarme.

—Algo está pasando en tu boca de lo que me estoy perdiendo.

Ay, mierda.

—¿Me dejas probar?

—Sí —respondo arrastrando la voz.

Él deja la cuchara en la mesa. Moja su dedo en el charco de chocolate y pinta mis labios. Me toma de la nuca y me besa. Sus labios envuelven los míos y enseguida su lengua tibia se lleva el rastro del chocolate para introducirlo en mi boca. Mi lengua se une a la de él en una danza lenta, sentida y desesperada. Se separa de mí con un suave y pequeño beso en los labios. Esto no es suficiente para mí. Me quedo jadeante y algo mareada. Muda.

—Ahora entiendo tu reacción —me dice con voz áspera y una risita de autosuficiencia que me encantaría borrarle con otro beso.

—¿Más?

—Sí, por favor —respondo inquieta.

Me da otro bocado que saboreo mirándolo.

—Compórtate que estamos en un lugar público —me advierte.

Me da un último trozo y yo ya me siento demasiado incomoda de estar aquí.

—¿Nos vamos?

Acaba de leerme el pensamiento.

Asiento un poco efusiva de más. Él suelta una risilla.

De pronto caigo en la cuenta de que tal vez me lleve a casa y toda esta experiencia sensorial se termine abruptamente.

—¿Y el café?

Mi pregunta parece sin sentido pero él lo entiende perfectamente.

—En mi casa —contesta.

¿Estaré lista para esto? Mis hormonas gritan que sí pero mi cabeza no está tan segura.

Nico paga la cuenta y salimos tomados de la mano. En realidad, él me lleva. Una vez en camino, siento que me pesa respirar. Él está maquinando algo. Veo tensarse su mandíbula y eso me preocupa. ¿Serán solo los nervios?

Vuelve a tomarme de la mano para entrar a su casa. Me indica dónde sentarme y me pregunta si quiero café. Respondo que sí, algo desconcertada. Me imaginaba una de esas escenas de las películas donde entran a los besos, dándose contra todos los muebles de la habitación. Estoy confundida. ¿Por qué se contiene ahora?

Minutos después, dos tazas humeantes de café negro reposan frente a nosotros.

—Jaz...

—¿Sí?

—Más temprano te dije que necesitaba hablar de cosas importantes contigo.

Asiento para confirmar.

—La estaba pasando tan bien que me distraje. Y después de besarte —se muerde el labio, ansioso—, se me borró todo de la cabeza.

No se contiene y me roba un beso tenso, impertinente. Se separa de mí casi por obligación.

—Eres un vicio.

Suspira para enfocarse.

—Quiero jugar contigo, Jaz. Y después de eso, dejarnos llevar. Pero entiendo que lo que has visto y conoces de mí te genere dudas. Así que antes de que esto siga avanzando, creo que deberías preguntarme lo que necesites.

Su gesto me emociona tanto que tengo que honrar su actitud y ponerle hielo a esta situación. Al menos de momento.

—Ok.

Bebo un sorbo del café.

—Me gustas, Nico. —Tengo la necesidad de aclarar—. Desde poco tiempo después de entrar al club. Y supongo que traté de que no me pasara para no correr el riesgo de sentir celos. Pero igual pasó. Y después de todo lo que has hecho por mí y por Sabrina, ese sentimiento se empezó a afianzar más y más. Yo... no sé cómo compaginar eso con tu estilo de vida. Quiero experimentar cosas contigo. Me voló la cabeza lo que me hiciste en el club y he pensado en eso cada vez que puedo. Quiero ver a dónde me llevan esas sensaciones y quiero que tú me guíes. Pero tampoco puedo detener las imágenes de lo que vi en el club, ni detener mi imaginación cuando no te veo. Así que lo que tengo que saber es qué pasa en las habitaciones privadas.

—No puedo revelar lo que pasa allí. Es parte del trato.

—Lo sé y lo entiendo.

—¿Qué necesitas saber específicamente?

Bebo más café.

—¿Tienes sexo con todas ellas? —suelto sin más vueltas.

—No —responde sin dudar.

—¿Con algunas?

—Con ninguna, Jaz.

—¿Entonces?

—Lo que pasa en las habitaciones privadas no es muy distinto a lo del salón. No soy yo el que necesita privacidad, sino ellas. La mayoría de las veces es porque tienen complejos con su cuerpo, o la moral les pesa demasiado como para tener testigos o simplemente no les va el exhibicionismo.

—Pero... —Trato de encontrar las palabras correctas.

—Solo dilo.

—¿No quieren tocarte? ¿No quieren que les hagas cosas?

—Déjame explicártelo así. Soy una fantasía viviente para ellas. Una fantasía que cumple sus deseos de ser atendidas, bien tratadas, o mal, dependiendo del caso, sin que ellas tengan que esforzarse en complacer. Conmigo dan rienda suelta a sus deseos sin tener que dar nada a cambio. Por eso no hay penetración. Eso lo pueden hacer con cualquiera. Lo que yo les ofrezco es ser las protagonistas.

—No se me había ocurrido verlo de esa manera —digo desconcertada—. Entonces tus encuentros con mujeres...

—Nunca son con clientes del club. Eso podría complicar mucho el negocio si saliera mal. Y Teseo me mataría. Tenemos que cumplir reglas muy estrictas para trabajar en el club y una de ellas es no tener contacto con clientes por fuera.

—¿Y esa regla aplica entre empleados?

—Es un poco más flexible. Mientras no haya conflicto en el horario laboral, no hay problema.

Él bebe un gran sorbo de café y yo cierro los ojos y me recuesto en el sofá.

Aún en esa posición hago una pregunta que hace tiempo tengo rondando en la cabeza.

—¿No sientes que te falta una relación más profunda?

—La verdad es que no. Me gusta lo que hago, Jaz. Me gusta complacer y provocar placer. Pero lo mejor de todo es hacer sentir a esas mujeres que tienen el poder de sentir cosas increíbles. Ver esa liberación es algo impagable. Y saber que tuve algo que ver con eso me hace sentir muy bien. Pero...

Se tarda en contestar. Abro los ojos para ver por qué se detuvo.

—Siempre dejo espacio para que la vida me sorprenda. No estoy cerrado a ninguna posibilidad.

Me sonrío.

—No busco quien me complete. Pero si llega alguien que sume a mi vida, es muy bienvenida. Y claro está, a la que pueda aportar cosas interesantes.

Podría secuestrarlo en este momento y robármelo del mundo. Así que me decido: bajarle intensidad al pasado y al futuro y disfrutar el presente. Tomo acción.

Me incorporo en el sofá y en un rápido movimiento me subo a horcajadas sobre su regazo. Ajusto mi pelvis a la suya y la reacción de su cuerpo es inmediata.

—Entonces —le digo en voz baja—, ¿a qué quieres jugar?

Me responde con una sonrisa perversa que conozco demasiado bien.

Acto seguido me agarra de la nuca y me trae hacia su boca. Nos besamos sin limitaciones hasta quedarnos sin aire.

—¿Recuerdas tus palabras clave? —me pregunta aún agitado.

—Sí. Rojo para parar, amarillo para bajar el ritmo.

—Muy bien. —Me da un pequeño beso—. Nos vamos a mi cuarto.

Me insta a bajarme de encima suyo, me agarra la mano y me lleva por un pasillo hasta la última puerta. Sin embargo, no entramos. Me quedo parada frente a la puerta cerrada. Se pone frente a mí y me mira a los ojos en silencio por unos segundos.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondo fuerte y claro.

—Gracias por eso. Ahora cierra los ojos y no espíes.

Así lo hago. Escucho la puerta abrirse y cerrarse. A los pocos segundos lo siento detrás de mí.

—Voy a vendarte —me susurra y todo mi cuerpo se contrae. Acaricia mi cuello y mis mejillas con la suave tela. Hunde sus dedos en mi pelo y eso me electrifica por completo. Finalmente me coloca la venda sobre los ojos.

—¿Está demasiado apretada?

—No.

Me recorre todo el brazo derecho hasta tomarme de la mano. Vuelve a abrir la puerta y me lleva dentro. Lo primero que noto es el olor dulzón a madera encerada y el de un aceite que me trae recuerdos muy vívidos.

—Necesito que te descalces —me susurra al oído.

Me quito los zapatos y la sensación de la madera en mi piel es deliciosa.

Se coloca a mi lado y me toma de la cintura para guiarme hasta una butaca muy cómoda en la que me relajo de inmediato. Lo escucho mover un mueble y, acto seguido, sostiene mis tobillos para apoyarlos en su regazo. Sin previo aviso empieza a masajearme los pies, y la intensidad del primer contacto es tal que trato de quitarlos. Él lo atrapa con sus poderosas manos.

—Tranquila. Relájate.

Mi cuerpo lo obedece sin dudarlo y vuelvo a relajarme mientras él prosigue con el masaje. Pasa a las pantorrillas por encima del pantalón y luego a los muslos. Mi respiración se hace cada vez más lenta y profunda.

Deja mis pies apoyados en el posapies y ahora siento sus manos en mi nuca. Presiona los nudos con la firmeza justa, jugando con los límites del dolor.

—Necesito que te desabroches tres botones de tu blusa.

Me da mucha pereza levantar mis brazos que se sienten demasiado pesados. Aún así, obedezco.

Con mayor acceso, sus manos calientes abarcan mi pecho y hombros y el masaje pasa a ser una caricia fuerte, energizante. Me provoca respirar hondo y un leve gemido se me escapa al exhalar.

De pronto empiezo a sentir un calor agobiante, incómodo. O tal vez es la pura necesidad de sentir sus manos en mi piel.

—Necesito sacarme los pantalones —digo sin más.

—Ok —me responde, ahogando la risa—. No me opongo en absoluto.

Me pongo de pie con su ayuda. Cuando llevo mis manos al botón de mis jeans, me detiene.

—¿Puedo?

Le respondo dándole libre acceso. En lo que me parece una velocidad tortuosa, desabrocha el botón, baja el cierre y, poco a poco, la estrecha tela descubre mi piel. Se me eriza por completo como si se expandiera para buscarlo.

Me apoyo en sus hombros para que me lo desenganche de los pies. Rápidamente me recorre con una caricia fuerte desde los tobillos hasta las caderas y siento como si me hubiese robado toda la energía en ese movimiento. Exhalo una súplica, mis piernas ceden y él me alza en brazos para llevarme a la cama. Me deja ahí y la sensación de las suaves sábanas hace imposible que me quede quieta.

—Te ves tan sexy. No tienes idea.

Sonrío y me siento tan poderosa por su comentario.

—Y, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Hace meses que vengo planeando qué hacer contigo. Veremos si puedes resistirlo.

Me retuerzo en las sábanas, presa de la expectativa.

—Desabrocha del todo tu blusa pero no te la quites.

Deshago los tres botones que quedaban y la abro. Estar exhibiéndome a él me excita demasiado así que aprisiono mis piernas para contener la humedad en mi ropa interior.

—Hermosa. Va a ser un tremendo placer despertar esa piel sedosa.

—Creo que mi piel está lo suficientemente despierta ya.

Por unos instantes no tengo señal de dónde está hasta que, demasiado pronto, me demuestra lo equivocada que estaba antes.

—Quédate muy quieta, hasta que no puedas soportarlo más, ¿ok?

—Sí —respondo sin tener idea de qué trae entre manos.

El primer lugar que roza es mi muslo izquierdo. La sensación que deja es un suave cosquilleo que corre como reguero de pólvora por una zona mucho más amplia. Debe tratarse de una pluma. Se retira enseguida. Va hacia la otra pierna y esta vez extiende la caricia desde la rodilla hasta la cadera. Inspiro hondo para controlar mis espasmos. Me preparo para que siga recorriendo mis piernas pero ahora me roza la clavícula, delineando su forma para saltar a la otra y luego volver por toda la línea del sostén. Vuelve al centro y baja hacia mi ombligo para luego ir de lado a lado en zig zag. Me muerdo el labio y dejo escapar un gemido mientras arrugo las sábanas bajo mis manos.

—¿Difícil controlarse? —me pregunta sarcástico.

—Estoy perfectamente —miento con descaro.

—Ah, muy bien. Entonces estás lista para el próximo nivel.

Se demora unos segundos en volver y mi mente imagina mil cosas.

—Voy a requerir sujeción para esta etapa.

Enlaza un tobillo, luego el otro y, envolviéndome cada gemelo con sus manos, abre mis piernas hasta que cada pie apunta a una esquina de la cama. Me ata dejando un trozo de

cuerda con cierta extensión para que no pierda toda la movilidad. Alrededor de mis tobillos se siente muy suave por lo que debe haber puesto una tela protectora. Y tras todos estos cuidados, comienza la tortura.

La pluma pasa rápido por la planta de mis pies y lanzo un grito a la vez que me contraigo tanto que creo que me va a dar un calambre. Después le toca el empeine, donde traza espirales en cada uno. Tironeo de la cuerda para liberar algo de tensión. Del pie izquierdo pasa al tobillo y traza líneas ondulantes muy lentamente hacia mi rodilla, todo por la parte interna de la pierna. Cuando sigue su recorrido y se acerca cada vez más a mi ingle, mi sexo se descontrola y empieza a palpar, expulsando olas de calor mojado. Mi culotte ya no sirve para nada.

Lo escucho inspirar exageradamente y luego exhalar en un sonoro gemido.

—El más delicioso y tentador de los perfumes.

Me pongo roja al instante.

—Algo debo estar haciendo bien, ¿no? —se burla con falsa modestia. Baja con la misma maniobra por la otra pierna y mi sexo continúa su llamado de apareamiento.

—Creo que estás lista para algo más fuerte.

¿Y ahora, qué?

Para mi sorpresa, me desata los tobillos. Luego me quita la vanda. Tardo unos segundos en acostumbrarme a la luz del cuarto, aunque es muy tenue. Me da la mano para que me siente y me ofrece agua fría. Me termino todo el vaso. Me lo quita y lo deja sobre la mesa de luz. Me mira perdido, mi boca, deseoso. Saco mi lengua para lamer mis labios y él me besa profundo, salvaje. Me sujeta de la nuca y yo me aventuro a tocar la piel de su pecho que queda descubierta. Él gime en mi boca por lo que sigo y empiezo a desabrochar torpemente los botones de su camisa. Uno es todo lo que consigo hasta que se aparta bruscamente, y en una maniobra muy rápida, me da la vuelta y me deja aprisionada con su cuerpo contra la cama, las manos sujetas a la espalda. No me siento amenazada. Más bien muy excitada con este juego de poder.

—No te portes mal o serás castigada —me susurra al oído y mi cuerpo traidor se lo pide a gritos. Levanto el culo y me contoneo con un gemido.

—¿Acaso estás necesitando un castigo?

—Sí, por favor.

No me reconozco y no podría importarme menos.

—Vamos a ver.

Sale de encima pero aún me sujeta de las muñecas. Sube el borde de la camisa hasta mi cintura y la frescura que siento en mis nalgas hace que mi sexo palpite.

Lo escucho respirar agitado. Acaricia mi culo y sé que lo hace para prepararme, para que sienta el castigo con más intensidad. Su mano desaparece. Me muerdo el labio para no gritar y espero, espero y ¡zaz! Su mano abierta se estrella contra mi carne y provoca una ola expansiva de dolor y placer. Los sucesivos golpes aumentan la sensación y me sorprende al notar mi cuerpo cada vez más relajado. Lanzo pequeños gritos de abandono cada vez que su mano impacta contra mi piel. Una necesidad profunda, básica, nace. Por instinto levanto más el culo y quiebro la cintura para darle acceso. Él lo nota.

—Déjame ayudarte.

Me suelta las muñecas.

—Levanta la cola —me indica y pone dos almohadas debajo de mí.

Me toma de las manos y las lleva por encima de mi cabeza hasta el cabezal de la cama.

—Sujétate fuerte. ¿Recuerdas tus palabras clave?

—Sí —respondo ya sin aire.

Se aparta de mí recorriendo mis brazos, hombros, espalda, y al llegar a mi culo, aprieta mis nalgas y roza mis labios sobre el encaje empapado. Primero con la punta de sus dedos, luego con toda la palma de su mano. Me arroja al borde del abismo y solo puedo gemir y retorcerme.

Desaparece unos segundos y siento que voy a enloquecer.

—Mantén tus piernas abiertas.

Las abro todo lo que puedo.

—¿Lista?

—Sí.

—Cuenta desde cinco hacia atrás. Despacio.

—Cinco... —siento un cosquilleo subir por mi pierna. Es algo fresco, como con tiritas. Oh, oh.

—Cuatro... —la caricia se traslada a la otra pierna.

—Tres... —ahora está en mis lumbares.

—Dos... —entra y sale en el vértice de mis piernas.

—Uno... —desaparece.

—Cero...

El chicotazo en mi sexo me arranca un grito y me empuja al borde del orgasmo. Arde por fuera, por dentro, pero qué delicia de sensación. Me arquea para más y el segundo es más intenso. Me hace temblar pero pido más y ya dejo de contar. Cada mordida del cuero en mis nalgas, en mi sexo, me empuja más y más al abismo, pero me contengo. No quiero que esto se acabe ya. Así que aprieto mis piernas todo lo que puedo para resisitir.

—No, no, no. Ábrete para mí.

—No...

—No usaste tus palabras clave. ¿Qué pasa?

—No quiero que esto se termine.

—¿Por qué se iba a terminar?

—Si me acabo, se termina —digo sin aliento—. Yo...

—¿No puedes acabarte más de una vez? —me interrumpe y de pronto me siento muy avergonzada.

El muy desgraciado se ríe.

—Desconozco tu experiencia previa pero nunca has estado conmigo. Y te aseguro que esta noche vas a acabarte varias veces. Basta de hablar. Tengo trabajo que hacer.

Sin aviso previo, me quita el culotte y separa mis piernas.

—Quedate muy, muy quieta.

Mi sexo recibe los chicotazos uno tras otro y el dolor, el placer, el ardor, estoy tan empapada. Palpito, tiemblo, estoy tan cerca. Gimo, grito y de pronto, todo estalla en mil pedazos. Gruño hasta quedarme sin voz mientras él me sujeta de la espalda y sigue con su tortura precisa, calculada. Jamás estuve tanto tiempo arriba y se siente delirante. Poco a poco

mi respiración va bajando de ritmo. Nico acaricia con su elemento de placer mi sexo y las caricias se sienten como destellos de electricidad que se expanden por mis piernas.

—Uno... —me susurra al oído—. Vamos por el segundo.

—¿Qué? —Mi voz suena errante pero antes de que pueda razonar algo más, me saca de la cama y aprisiona contra su pecho desnudo. Me besa con pasión, ajustando mi cuerpo al suyo. Adentra sus dedos en mi pelo y me aprieta desde la cintura. Me quita la camisa. Así de rápido ya estoy lista para otra ronda.

Me suelta abruptamente.

—Agua —dice agitado y sonriendo.

—Sí, por favor —le respondo ridículamente.

Se bebe media botellita, me la pasa y me la termino. La dejo caer sin que me importe. Nico avanza pegado a mí y me arrastra hasta la pared. Me toma de las manos y las coloca por encima de mi cabeza. Ataca mi cuello con besos calientes y húmedos. Me dejo hacer escalando muy rápido hacia el éxtasis. Me toca por todas partes. Llega a mi pezón, muerde sobre la tela y un dolor estalla desde allí al centro de mi pecho. Sus manos exploran mi espalda en busca del broche del sostén. Estoy respirando tan agitada que creo que voy a desmayarme. Se deshace de mi última prenda. Agarra mi pecho y lo mordisquea por todos lados hasta llegar al pezón que chupa, muerde y tira. Lo sostiene tirante y yo dejo de respirar. Retuerce el otro pezón y me arqueo. Gimo, ahogada, mi sexo palpita más y más... Entonces me suelta y todo mi cuerpo convulsiona. Se pone de rodillas, abre mis labios y chupa, lame, mordisquea. Bebe toda mi excitación entre espasmos que me debilitan las piernas, los brazos, el pensamiento. Pero no quiero que se detenga. Me agarro de su pelo y no me importa que le duela. Solo necesito que se quede ahí, robándome la vida.

Inevitablemente mi cuerpo languidece pasado un tiempo que no puedo definir. Lo libero. Él se despide de mi sexo con un suave beso, como si se tratara de mi boca. Se pone de pie, me besa debajo de la oreja y me susurra: —Dos.

Sonríó débilmente a modo de respuesta cuando me mira a los ojos.

—¿Lista para más?

Solo asiento, como una borracha.

No pensaba. Claro que no. Solo me dejé llevar por el deseo de mi cuerpo adicto.

—Necesito saber algo —me dice de pronto, muy serio.

Tarda en hablar por lo que espabilo, poniendo toda mi atención en él.

—Quiero estar dentro de tí. ¿Me dejas?

Estoy sorprendida y eso se debe de ver en mi cara.

—¿Después de todo lo que hemos hecho me lo preguntas?

—Sí. No es lo mismo jugar que hacerte el amor. Y no quiero que sientas que me estoy aprovechando. No voy a dar nada por sentado contigo.

Me mira, esperando una respuesta.

Recuerdo que me dijo que no lo hacía con las mujeres del club. Y por la manera en que me está mirando en este momento, sé que me está proponiendo algo muy importante.

—Sí...

Él sonríe y lo beso lento, profundo, saboreando su deseo con el resabio de lo que consiguió de mí hace unos instantes.

Me alza en brazos y me lleva hasta la cama. Se aparta de mí y termina de desnudarse. No puedo evitar observarlo con perdición.

—Por favor, deja de mirarme así. Me estás avergonzando —se burla.

—Dudo mucho que te quede una gota de vergüenza en tu cuerpo.

Sonríe perverso mientras se acerca a mí. Su excitación muy notoria crece a cada paso que da. Se sube a la cama de rodillas y casi que por instinto, separo mis piernas para recibirlo.

—¿Ansiosa?

—Bastante —respondo descaradamente.

—Viciosa —me acusa, negando con su sonrisa de medio lado—. Vamos a ver si está despierta. No vaya a ser que se haya relajado demasiado.

Entonces se mete dos dedos en mi boca y mi sexo se contrae con violencia. Se tiende a mi lado y abre mis labios sin dejar de mirarme a los ojos. Introduce sus dedos hasta el límite y los flexiona. Primero despacio, buscando el lugar justo y cuando lo encuentra...

—Ahí, justo ahí —balbuceo con desesperación.

—Lo sé. Trata de relajarte. Yo te llevo.

—¿Dónde? ¿Qué? Ah, sí, ahí. Llévame donde quieras.

Sus dedos se mueven con tal maestría dentro de mí que siento que mis pechos se hinchan para tentarlo, mi piel se eriza para sentirlo y necesito, yo necesito...

—Te necesito adentro mío —ruego—. ¡Ahora!

Él no dice nada. Saca sus dedos y apenas puedo enfocar lo suficiente como para verlo ponerse un preservativo. Se acomoda entre mis piernas y ya lo siento en mi entrada, empujando, colándose en mí demasiado lento para mi deseo voraz. Así que hago lo que me exige. Aprisiono sus caderas con mis piernas y lo atraigo hacia mí. La sensación es tan plena, tan perfecta y satisfactoria que nos quedamos quietos, jadeantes, con las frentes unidas, los ojos cerrados y los corazones latiendo furiosos al mismo ritmo.

Entonces empieza a moverse, lento, como midiéndome. Pero dura poco y entonces deja de contenerse. La velocidad aumenta. Las embestidas, profundas, concisas, animales. Me besa con desesperación. Lame mi cuello. La cama cruje y yo solo quiero más. Tiro de su pelo, araño sus hombros y con cada dolor provocado, más intensa la embestida. Así que decido aprovecharme y clavo mis dientes en su hombro.

La reacción es inmediata. Gruñe, grito y me penetra a un ritmo de vértigo. Me voy, me elevo, floto. Estoy en otro plano y a la vez tan aferrada a las sensaciones de mi piel. En ese instante, todo estalla. Y la violencia del orgasmo es tal que por momentos dejo de respirar. Veo blanco y estallidos de colores tras mis ojos cerrados. Él no para. No baja el ritmo mientras me deshago y salgo volando en la ola expansiva.

Vuelvo a respirar, descontrolada y recupero algo de cordura, cuando decide cambiar de posición. Sale de mí pero todo es tan rápido que no me da tiempo a sentir su falta.

Me da la vuelta, me pone en cuatro y me penetra hasta el fondo. Llega mucho más profundo, Apenas me puedo sostener con mis brazos.

—Aguanta —me gruñe—. Un poco más.

Me agarra un mechón de pelo y tira. El dolor intenso, erótico, me hace quebrar la espalda y contraer cada músculo. Me mantiene en la cima de la ola, temblando, entregada, tan abierta, desbordada de placer. Entonces se tensa y siento el bombeo dentro de mí. No se mueve, no respira y yo contraigo mi sexo para extraer todo de él.

Vuelve en sí. Inhala como si necesitara todo el oxígeno del mundo. Afloja su agarre y en ese instante, todo mi cuerpo se rinde. Me desplomo. Él me sigue, agitado, sudando. Lo siento salir. No puedo moverme, ni quiero. Escucho agua correr y espero que no se le ocurra...

—Ven conmigo —me habla bajo, con voz áspera.

—No... —me quejo.

—Vamos —insiste.

Me lleva hasta la ducha y me baña con delicadeza. Termino de lavarme y lo observo mientras el jabón resbala por su piel.

Soy una mujer muy afortunada.

Luego de enjuagarse el pelo, abre los ojos y me mira. Me sonríe con una cara de satisfacción que me provoca calor en el pecho. Se acerca, me toma de la cintura, sube por la espalda hasta mi nuca y me besa muy lento y dulce.

—A la cama —me ordena una vez separados. Salimos de la ducha, nos secamos y volvemos al cuarto. Me lleva de la mano como si temiera perderme.

Quita las sábanas, nos acostamos y nos cubre con una manta suave. Me atrae hacia su cuerpo desde la cintura y quedamos piel con piel, en un acople perfecto.

—Jaz... —me susurra.

Murmuro como respuesta.

—Tres...

Ambos soltamos unas risitas secretas. Y por primera vez en demasiado tiempo, me siento en paz.

FIN